

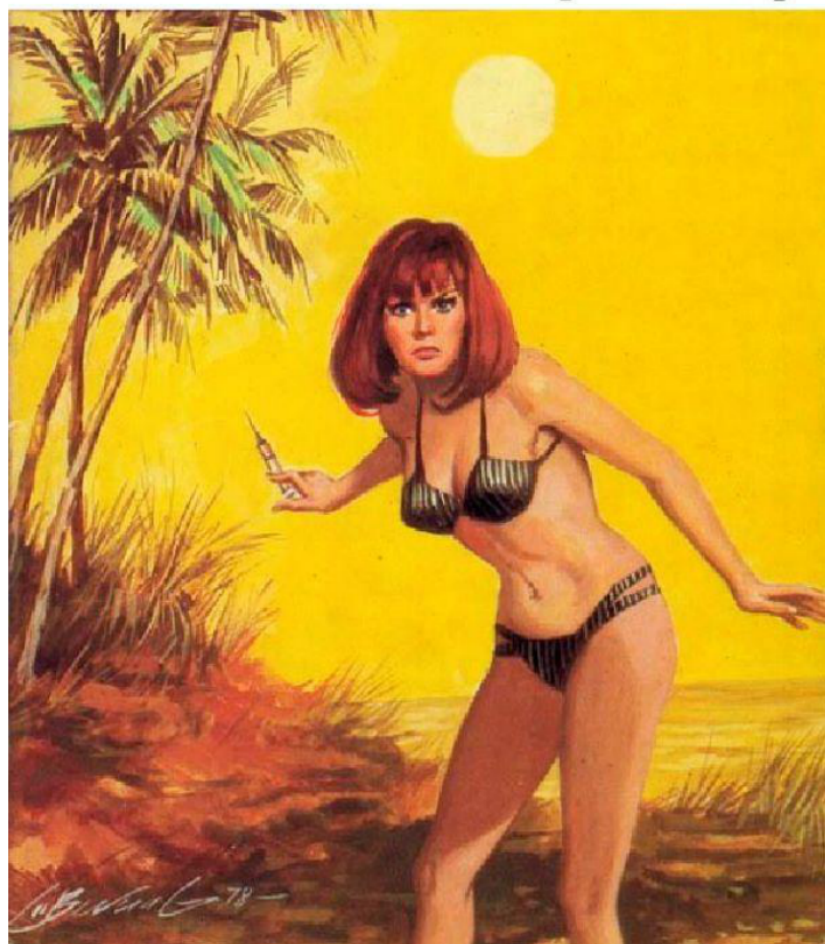
PUNTO

ROJO



UNA PELIRROJA EN LA HABITACION

Ralph Barby





PUNTO ROJO



RALPH BARBY

UNA PELIRROJA EN LA HABITACION

Colección **PUNTO ROJO** n.º 883
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 2.185 - 1979

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: marzo, 1979

© Ralph Barby - 1979

texto

© Antonio Bernal - 1979

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1979

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección COLORADO:

838 — La larga espera de la muerte.

En Colección KANSAS:

774 — El comisario rebelde.

En Colección CALIFORNIA:

881 — Buscando a un tramposo.

En Colección BRAVO OESTE:

585 — «Colt» a sueldo fijo.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.483 — El espía y la muerte.

En Colección SALVAJE TEXAS:

1.196 — Texas: frontera cerrada.

En Colección PUNTO ROJO:

856 — La chica de la tele.

En Colección ASES DEL OESTE:

647 — Los torturados de Nogan.

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.351 — Más astuto que los coyotes.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

1.051 — Los rebeldes del pañuelo rojo.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

120 — La matanza del paso de, Trout-Creek.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

85 — Una bala para un «Colt».

CAPÍTULO PRIMERO

Nada más entrar en el vestíbulo del hotel The Queen of Florida, a Sue Barret le pareció fabuloso. Sólo había visto aquella clase de hoteles en las películas, o pasando en su coche, a cierta distancia.

Sabía muy bien que no ganaba suficiente para costear una de aquellas *suites*, que no saldrían por menos de cien o ciento cincuenta dólares diarios, sólo dormir.

Había llegado al área de Palm Beach, de noche. Había estado conduciendo largas horas, y tenía deseos de llenarse de sol y de playa, pero para ello debería esperar al día siguiente. Ahora, tenía mucho que hacer.

Acababa de detener su coche en el área de *parking* del hotel, y allí, su automóvil podía considerarse el de peor categoría, pues había estacionados los modelos más caros del mundo.

—¿Míster Harold Sullivan?

El conserje la midió con la mirada. Aquel hombre, pensó Sue, debía considerarse por lo menos mariscal del Pentágono, si es que allí había mariscales.

—¿De parte de quién?

—*Miss* Sue Barret —soltó ella, con aplomo.

En otro momento, quizá hubiera hecho algún ademán para adornar su figura con curvas móviles; sabía que eso gustaba a los hombres.

Sue no deseaba ser carne de consumo, pero se había convencido de que si no aflojaba un poco de su parte, la vida se le presentaba más dura que lo que los hombres trataban de ofrecerle, a poco que se toparan con ella.

Sue Barret era alta. Su cabello, de un color rubio oscuro, era largo y abundante, dándole un aire algo salvaje. Poseía una boca firme y generosa, con unos labios cargados de color natural, húmedos sin artificio.

El escote se le veía lleno, y sus pechos sin sujetador levantaban el vestido con fuerza, casi con agresividad. La cintura era estrecha, y las nalgas, algo escurridas, no muy grandes, lo justo para no ser una «culona», como sí eran muchas otras mujeres.

Sus piernas, largas y bien torneadas, atraían los ojos de los hombres; Sue era consciente de ello.

Procedía del mundillo de las modelos, donde las peleas por un puesto eran constantes. Lograr un contrato era como ir a la guerra; todo valía. Y Sue no estaba dispuesta a dejarlo todo en aquella lucha feroz, en la que no iba a ganar nada a la larga, pues sabía que la fama de las modelos era efímera. Cuando dejaban de aparecer en las revistas, se las olvidaba totalmente.

Tras consultar por teléfono, el conserje llamó a un botones:

—Conduce a *miss* Barret a la piscina roja, frente a la habitación cero, cero, siete.

El botones asintió con la cabeza, y luego miró a la espléndida Sue.

—¿Equipaje?

—No, aún no sé si voy a quedarme.

—Acompáñeme, por favor —pidió el chico, contento de guiar a una mujer tan espléndida, que le sobrepasaba una cabeza en altura.

De cuando en cuando, sus vivaces pupilas escapaban hacia los pechos erguidos de Sue, como buscando una ocasión propicia para saltar con la boca abierta sobre ellos y cerrarla con un estremecedor placer.

Cruzaron un *hall*, luego un amplísimo corredor. Pasaron a través de unas grandes cristaleras y salieron a los jardines interiores del hotel, que quedaban rodeados por el conjunto de edificaciones que componían el establecimiento.

Allí nada tenía la misma altura; por el lado sur y oeste, los pabellones eran más bajos que los que se hallaban en el lado contrario para no quitarles el sol. Unas palmeras muy hermosas se elevaban, esbeltas, entre las vastas extensiones de mullido césped.

Pasaron junto a la piscina azul, donde no había mucha gente bañándose bajo la iluminación. Se escuchaban grititos y Sue, contoneándose al caminar entre las losas de piedra natural metidas en la hierba, pensaba:

«Qué suerte tenéis, hijos de perra. Vosotros os podéis permitir el

lujo de pagar doscientos o trescientos dólares diarios, que es lo que os costará la estancia con comida incluida, y los demás que se pudran».

Cruzaron por medio de otro pabellón y salieron a unos jardines más discretos, menos iluminados.

Al rebasar unos setos, Sue descubrió una coqueta piscina circular, tan roja que parecía estar llena de sangre; hasta los focos subacuáticos despedían luz roja.

Se preguntó si estar en aquel área costaría más caro, mas no tuvo tiempo de responderse a sí misma. El botones se detuvo frente a una mesa junto a la cual había una hamaca en la que un hombre leía una revista.

—¿Mister Harold Sullivan? —interpeló el botones.

—Sí, si, ya puedes largarte —despidió, expeditivo, al botones.

Sue se quedó en pie, aguardando, y el botones miró al tipo de la hamaca, con una envidia feroz. Quedarse allí a solas con la espléndida recién llegada, que tenía acento neoyorkino, podía ser el sueño de su adolescencia.

A Sue le pareció que aquel hombre tenía más años de los que deseaba aparentar. La piel de su rostro resultaba demasiado tersa para ser natural, seguro que se había hecho la cirugía estética para rejuvenecerse.

Comenzaba a estar algo grueso y tenía bolsas bajo los ojos, unas bolsas moradas, como de beber en exceso y dormir poco, quizá también se drogaba. Su rostro parecía abotagado, como si fuera un adicto al vicio. Las gafas estaban en el bolsillo de su batín playero, se las había quitado antes de que llegara la chica.

—Bien, bien, de modo que tú eres Sue Barret, la modelo.

—Sí, me dijeron que usted podía darme trabajo.

—Sí, claro. Vienen muchas chicas pidiéndome trabajo, ya que soy un relaciones públicas muy importante. Ahora tengo que organizar una convención de médicos, biólogos y bioquímicos, precisamente en este hotel, al que estoy tomando las medidas.

—¿Son azafatas lo que le hacen falta para la convención? —preguntó ella, procurando caer simpática, pese a que se sentía muy fatigada. De buena gana se hubiera tirado a la piscina, pues había estado diez horas seguidas al volante de su desvencijado «Ford».

—Sííí —alargó la vocal casi con desdén—. Azafatas, pero

azafatas muy cualificadas; hay que recibir a gente importante de todo el mundo. ¿Sabes francés?

—Sí.

—¿Alemán?

—Un poco, lo entiendo.

—¿Japonés?

—Sayonara.

—Eso está bien, sayonara... —se rió—. ¿Qué sabes de Medicina?

—Cómo vienen los niños al mundo.

—¿Y cómo se hacen?

—También.

—Eso es interesante. Si te preguntan qué es la penicilina, quédate sólo con las cuatro primeras letras.

—Procuraré no olvidarlo.

—Eso está bien.

El seguía sentado y ella en pie, sin que el hombre la invitara a sentarse en la silla de madera blanca que había cerca de la hamaca. Sullivan se complacía en su situación de fuerza.

—Las azafatas son chicas muy eficaces, que saben sacar a sus pupilos de todas las situaciones difíciles.

—Procuraré ser eficiente.

—También son chicas que han de llevar los horarios con rigidez, y eso os cuesta mucho a las modelos porque estáis acostumbradas a ser libres como mariposas.

—Mi reloj despertador está en la maleta.

—Respuesta para todo, ¿eh? Eres una chica lista, eso se nota a la primera ojeada. Las modelos os podéis convertir en magníficas azafatas de convenciones; tenéis elegancia, pero a veces os perdéis por excesiva ambición.

—No entiendo.

—Yo, sí. Siempre esperáis encontrar un pez gordito que os convenga como marido, y a ése le dedicáis lo mejorcito que tenéis, descuidando al resto.

—No tengo ningún interés en dedicarme a nadie en particular.

—Algunos de esos científicos o médicos, cuando ven a las chicas como tú, piensan que han perdido lastimosamente toda su vida en los laboratorios o entre libracos, y de pronto les coge el tembleque. Se creen todavía martillos neumáticos, capaces de perforar el

hormigón, y no tienen ni la fuerza de una chincheta; pero hay que ser complacientes con ellos; son importantes para la empresa, los Laboratorios Hormonales FWC.

—Entonces, ¿me da el empleo?

—Despacito, despacito... Los congresistas no se van a pasar todo el tiempo en la sala de conferencias, irán a la playa, a las lanchas de pesca, a estas piscinas, bailarán... En fin, hay que ver bien lo que llenará sus ojos, de modo que quítate el vestido.

Sue Barret expulsó el aire de los pulmones que se escondían tras el redondo busto; estaba de malhumor, pese a que trataba de mantener una sonrisa amable y cordial en Sus labios.

Paseó sus grandes ojos en derredor, y vio puertas que daban a habitaciones de planta baja y del primer piso, a las que se accedía por una escalera a la vista.

—¿Temes que te vean?

—Es que así, de repente, en un hotel y al aire libre...

—Es de noche, y estamos solos. —El hombre sonrió con malicia.

—¿Solos? Hay muchas habitaciones.

—Están vacías, reservadas para los congresistas. Los Laboratorios Hormonales FWC son accionistas de este maravilloso hotel.

—¿Unos laboratorios farmacéuticos, propietarios de hotel? —se asombró Sue.

—Sí, hay que distribuir el dinero adecuadamente. Si un negocio falla, queda otro; eso es lo que piensa el presidente de la compañía, míster James J. Strada, un multimillonario muy importante. A solas, le llamo James.

Sue Barret comprendió que no tenía escapatoria, si deseaba el empleo. Aquel tipo sucio, que ya debía llevar unas copas de más, no deseaba saber si interesaría a los congresistas, si no si le interesaba a él concretamente.

Siempre se topaba con individuos como aquél... Luego, las chicas con poco atractivo físico, debían pensar que la vida de las mujeres con *sex-appeal* era muy fácil.

Se desabrochó cuatro botones, y se soltó un lazo que tenía debajo del busto. Dejó caer el vestido hasta los tobillos, y giró levemente sobre los mismos para mostrarse de frente y de lado.

—¿Está bien así? —preguntó.

Sue no llevaba sujetador, y sus pechos eran ciertamente magníficos, sin ser globos. Los pezones eran gruesos y de intenso color cereza, destacando vivamente sobre la piel blanca, apenas tostada por los rayos ultravioleta, ya que en Nueva York no tenía las magníficas playas ni el sol de Florida.

La cintura se veía estrecha, sin trucajes, y unas braguitas blancas cubrían lo justo, resultando muy llamativas en sí mismas.

—La verdad es que uno de los uniformes de las azafatas es el bikini, y hay que saber si te sentará bien.

Harold Sullivan se levantó y acercó sus manos. Sue tuvo que soportar que aquel cerdo le palpara los pechos.

—Ya está bien, pueden romperse.

—No, yo tengo mucha experiencia. Anda, que el examen no está completo aún —rezongó.

—Yo creo que sí. Si hemos de utilizar bikini, aún he sido muy generosa.

—Quítate las braguitas.

—¿Porqué?

—Porque habrá congresistas que te lo pedirán a solas, y tú debes ser complaciente con ellos.

—Pero ¿qué quieren, azafatas o furcias?

—Es lo mismo, ¿no? Aunque algunos crean lo contrario, y la imagen al público sea distinta.

—Pues yo no opino lo mismo. Me contrato como azafata, no como furcia; para eso ya podía quedarme en Nueva York, como *call-girl*.

—No vengas haciéndote la estrecha, que, siendo modelo, ya habrás pasado por todo.

—No soy ninguna ñoña, pero si me he de acostar con alguien, será porque me guste, no por un salario.

—El congreso durará diez días. Si te portas bien, con comisiones de bebidas incluidas, puedes sacarte hasta siete mil dólares. ¿Dónde te darían una cantidad semejante?

—¿Siete mil dólares en diez días, eso pagan? —se sorprendió Sue.

—Bueno, es lo que puedes sacar, si eres lista. En realidad, el salario oficial serán setecientos dólares, pero puedes multiplicarlos por diez, si das a los congresistas lo que te pidan. No te hablo de

cifras falsas, es lo que han obtenido algunas chicas que me lo han contado. Hay que ofrecer cigarrillos de marihuana, algo de anfetaminas a los congresistas, que también desean resultar muy simpáticos entre sus colegas. Incluso alguna dosis de cocaína, sin que se entere nadie, y antes de algún encuentro de cama, le endiñas un inyectable de heroína. Todo eso se lo cobras aparte, y verás como luego rió rechistan. En el congreso, todo está pagado, pero terminan por dejar un buen puñado de plata, ya lo verás; tú eres nueva en esto.

—Pero ¿no vienen a hablar de Medicina y cosas de ésas?

—Bah... En realidad, este congreso son unas vacaciones pagadas para esos médicos y científicos escogidos, que se interesan mucho por promocionar nuestros productos en todo el mundo. Las conferencias sólo son una pantalla. Les interesan más las relaciones entre ellos mismos, entablar amistades, que luego conservan. Les va muy bien para alardear de ellas en sus respectivos países, pero vienen a divertirse; es como un premio. Un periodista me dijo, una vez, que más que un premio era un soborno.

—¿Y tenía razón?

—No sé, no volví a verlo porque perdió el empleo.

Se rió y, estirando sus dedos, cogió las braguitas por encima de las caderas. Las rompió con notable habilidad.

—¿Qué ha hecho?

—No te preocupes, mañana te compras una docena, y las cargas a mi cuenta; yo las pondré en gastos generales.

—Me temo que para conseguir el empleo, tendré que ofrecer mi cueva para que practiquen la espeleología.

—Exactamente, y yo tengo un muñequito que es un espeleólogo de primera. Ha visitado las cuevas más importantes del mundo, la mayoría de las metidas en hermosos valles, rodeados de exótica y oscura vegetación.

—Bueno, ahora, yo..., —balbució—. Llevo muchas horas viajando —objetó Sue, deseosa de salir de aquel encuentro lo mejor parada posible.

—No importa, aquí está la piscina. Mira qué roja y atractiva es. ¿Has gozado en alguna ocasión bajo el agua?

—No, claro que no.

El le arrancó las braguitas de un tirón, y ella se inclinó para

subirse el vestido.

—He dicho que ahora, no.

—Si no es ahora... —Silabeó él, amenazador.

—No me importa que sea nunca —replicó ella, vivaz, cubriéndose.

Harold Sullivan solía conseguir lo que quería, sin violencias; estaba acostumbrado. Por ello, no era de los que se afianzaban, empujados por un imperioso deseo; sabía esperar.

Conocía bien las necesidades de las mujeres jóvenes y ansiosas de triunfar, de conseguir dinero fácil, y siete mil dólares en diez días era un tañido de campanillas demasiado atractivo para una muchacha que acababa de llegar de Nueva York, y que no debía tener en su cuenta corriente más allá de cien o doscientos dólares.

—Vamos, vamos, no te pongas nerviosa. Entra en la habitación cero, cero, siete; no está cerrada, y puedes utilizar el baño. Yo te estaré esperando, no hay prisa. Tomaremos unas copas y, si tienes hambre, haré que nos traigan cena.

Sue pensó:

«Hablas como si fueras el dueño de todo».

Había tenido la intuición de que, si le ofrecían un empleo bueno, iban a pedirle algo más que un trabajo y, en efecto, parecía que iba a ser un trabajo a fondo, especialmente de cintura para abajo.

Se dirigió a la habitación cero, cero, siete, cuya puerta estaba abierta, y se internó en la estancia, que le pareció muy confortable.

Se fijó en la amplia cama, y se preguntó si terminaría en una de ellas, con tipos desconocidos encima. ¿Sería aquel empleo el principio de su caída hacia la prostitución? ¿Para eso había escapado de Nueva York?

Fue al cuarto de aseo, y se quitó el vestido; ya no llevaba braguitas. Se descalzó y metió en la bañera, abriendo el grifo del agua caliente y el del agua fría, graduándola.

Mientras, junto al borde de la piscina, Harold Sullivan hacía movimientos gimnásticos para desentumecer sus músculos. Satisfecho de sí mismo, se dispuso a darse un chapuzón que reavivara todo su cuerpo. Cuando llegase el momento, quería estar en completa forma.

Una sombra se acercó por su espalda, con tanta suavidad, pisando sobre la hierba, que ni siquiera se percató de su presencia.

Una raqueta de tenis se alzó en el aire y descargó, sobre su cabeza un golpe seco y muy contundente, tomando su occipucio como una pelota de tenis.

Harold Sullivan sintió que todo se nublaba a su alrededor, y cayó al agua, perdido el conocimiento. Ni siquiera chapoteó, se fue directamente al fondo y no tuvo ninguna prisa en salir.

CAPÍTULO II

Babby era la azafata-jefe del grupo de relaciones públicas.

Sólo ella era fija en el grupo; las demás chicas cambiaban según conviniera, pues no se les ofrecían contratos superiores a un mes. De interesar, por sus servicios o por sus gracias, se les hacía un nuevo contrato, pero nunca, como a Babby, que sí pertenecía a la nómina del departamento de relaciones públicas.

«Babby era de estatura mediana, tirando a alta. Su cabello era azabache y sus ojos, grandes y negros también. Poseía una boca carnosa, que sugería mucho, y el tiempo no parecía pasar por su busto.

Solía vestir *mono-complets* de tela, con dibujos imitando piel de leopardo, lamé negro, rojo o amarillo; siempre estaba muy provocativa, y era muy conocida en su mundillo.

El grupo de muchachas penetró en la salita de ventanas apaisadas, por las que entraba el sol. Babby las miró, una a una. Sus ojos escrutaban, no sonreía y las chicas se sentían incómodas.

Cuando ya las quince estaban una junto a otra, se volvió a abrir la puerta y entró una más. Babby la observó con fijeza; la recién llegada carraspeó y Babby terminó preguntando:

—Eres la nueva, ¿eh?

—Sue Barret. Precisamente, míster Sullivan me contrató la misma noche que...

—Sí, tú fuiste la última que le vio vivo. Pobre míster Sullivan, la vida de un relaciones públicas es tan agitada... Debió ahogarse porque estaría demasiado cansado cuando se lanzó a la piscina. ¡Qué accidente tan desgraciado!

—Después de contratarme míster Sullivan, fui a buscar un hotelito para descansar. Llevaba varias horas de viaje, y al día siguiente, es decir, ayer por la mañana, supe la noticia, al preguntar por él.

Babby suspiró, parecía un oficial preocupado delante de sus soldados.

—La muerte puede sorprender a cualquiera. Nadar en la piscina, de noche y a solas, es peligroso; puede uno sufrir un calambre o cualquier otra cosa, y no hay quién te ayude. Bien, dejemos de lamentarnos; el caso es que el congreso de los Laboratorios Hormonales FWC debe seguir adelante. Por lo que parece, la dirección de la empresa no confía en que sea una mujer el nuevo jefe del departamento de relaciones públicas... —Hubo un abucheo de protesta entre las féminas allí reunidas, a cuál más atractiva—. Silencio, silenció... Como ya sabéis, yo era la ayudante de míster Sullivan. Sólo tenía que sugerirme algo para que yo lo hiciera; era la perfecta colaboradora. —Miró su reloj de cristales líquidos—. Dentro de un cuarto o media hora, vendrá por aquí el sucesor de míster Sullivan, esperemos que sea tan listo e inteligente como él. El puesto de jefe de relaciones públicas es más difícil de lo que muchos creen, claro que existen muchas clases de relaciones públicas. No es lo mismo preparar y sostener un congreso en un área vacacional como ésta, que estar sentado tras una mesa, atendiendo a los clientes de un Banco.

»Nuestra misión es que los congresistas lo pasen lo mejor que puedan, que jamás consigan olvidar que han participado en la convención. Que se lleven un grato recuerdo de nosotras, y que acepten lo que nuestros dirigentes les digan, respecto a los productos de la empresa que, después de todo, es lo que importa. Este congreso ha sido convocado no para que alguno de los congresistas obtenga el premio Nobel, sino para que; cuando se marche de aquí, sólo sepa decir que los productos de los Laboratorios Hormonales FWC son los mejores del mundo. Si cualquiera de vosotras tiene un tropiezo, por leve que sea, con uno de los congresistas, sólo que yo vea que a uno de ellos se le tuerce el gesto, sintiéndose ofendido o despechado, será despedida inmediatamente.

—¿Quién será despedida inmediatamente?

Todas se volvieron hacia la puerta. Un hombre joven, alto, anchó de espaldas, flaco de cintura y caderas, y que se adivinaba muy piloso en tórax, vientre y brazos, acababa de entrar, embutido en un traje claro, muy elegante.

—¿Quién es usted? —le preguntó Babby.

—Zif Z. Ziller.

—Vaya, tres zetas —comentó una de las chicas.

—Con una me basta, Zif a secas.

Pasó por delante de ellas, era allí el más alto. Sue, la chica más alta del grupo, debería llegarle justo a la nariz o quizá una pulgada más.

El recién llegado atrajo de inmediato todas las miradas femeninas. En todas aquellas cabecitas se estaba haciendo la comparación con el desaparecido Harold Sullivan, y Zif resultaba la antítesis del muerto.

—Soy el nuevo jefe de relaciones públicas, si es que me hacéis quedar bien en este congreso. Si fallo, tendré que buscarme otro empleo.

Jo, una de las chicas, observó, pizpireta:

—Cuando el gallo es bueno, las gallinitas corresponden portándose bien.

Babby, molesta en el fondo, dijo, cáustica:

—Puede que sean demasiadas gallinitas para un solo gallo.

Zif Z. Ziller no parecía ser de los que se azorasen. Miró a las dieciséis muchachas y a la ya madura y provocativa Babby y admitió:

—Es posible. Saborear un vaso de *whisky* es bueno, tomarse una botella de golpe, puede matarle a uno.

—A veces, es peor quedar en ridículo que morir —comentó la pelirroja Faye.

Zif lucía un bigote de largas guías, que lo hacía más viril aún. Su mandíbula era de aspecto duro y se notaba bien armada. Parecía jovial, mas no era de la clase de hombres que se dejasen comer el terreno que consideraba suyo, y eso era algo que las hembras notaban de inmediato y que les agradaba.

Quizá alguna de ellas estuviera rabiando por luchar con Zif, por insultarle y golpearle para que él, al final, terminara vencéndola y haciéndola totalmente suya. La sumisión de la fémina, después de una lucha feroz con el dominante, podía resultar muy agradable.

—Me place que estéis todas aquí para poderos conocer personalmente. Ahora, os dirigiréis a sastrería para que os tomen medidas; todo ha de ser rápido. ¿Babby eres tú? —preguntó Zif,

encarándose con la jefe de azafatas.

—Sí, claro.

—Te quedarás conmigo, y repasaremos juntos las fichas; así podremos distribuir mejor a las chicas.

Babby frunció el ceño, mientras se preguntaba si aquel jovenzuelo sería capaz de manejar un congreso de aquellas características, donde lo principal era complacer en todo y por todo a los congresistas.

Era demasiado joven, más que ella misma, lo que le produjo un alfilerazo, pues comprendió que si Zif ligaba con alguien, no sería con ella, sino con alguna de las chicas, especialmente la nueva, Sue Barret, que tenía un encanto propio, que no se repetía en las otras.

Era una muchacha con un carácter fuerte y decidido. Si tenía un problema, seguro que no se lo iría a contar a ella, como solía hacer Jo que, en sus horas bajas, se ponía a llorar y se comportaba como una niña, lo que tenía ciertas ventajas, pues a muchos hombres el instinto paternal les erotizaba grandemente, y les gustaba sentirse protectores.

—Babby, confío en que me ayudes. La agencia me ha enviado aquí, pero no es lo mismo programar algo con tiempo qué así de pronto, cuando ya los congresistas estarán haciendo sus maletas, en sus respectivos países.

—Todo saldrá bien, míster Ziller.

—Zif, Zif.

—¿Zib ha dicho? —preguntó Jo, y todas se rieron.

—Muy graciosa —opinó el propio Zif—. Si a Babby no le parece mal, tú te encargarás del reparto de propaganda y de estar junto a la telefonista como azafata «despertador».

—¿Yo, fa «despertador»? Pero eso me costará levantarme cada día a las, a las...

Babby sonrió, complacida. Le gustó aquel gesto duro de Zif que, de forma jovial, sin romper su compostura, cortaba las bromas de las chicas.

—Sí, me parece muy bien. Jo puede dormir en portería, se irá a acostar antes para ser la azafata «despertador» y la que dirija a los congresistas en los desayunos. Ella podrá repartir el orden del día y los informes gráficos de la empresa.

—Maldita suene la mía —protestó Jo, apretando los nudillos de

sus puñitos, que sabían mucho de las habilidades del dioscello Eros.

Babby entregó a Zif una carpeta, donde estaban las fichas de las azafatas. En cada ficha había dos fotografías, una en traje de azafata y otra con bikini.

Zif comenzó a repasarlas y a mirar a las chicas, una por una. Ellas le sonreían y él devolvía la sonrisa sin decir nada, pero cada movimiento de pierna, cada gesto de cadera, cada alzada de pecho, era una provocación en sí misma.

—En esta ficha faltan las fotografías.

—Sí, es mi ficha; no he tenido tiempo de hacerme las fotos —dijo Sue, adelantando un paso.

Zif la calibró con su mirada penetrante. Sus ojos eran de un color verde azulado, que gustaba a las mujeres. A su lado, Babby observó:

—Es nueva en el equipo. Mister Sullivan la recibió antes de que se ahogara en la piscina. Ella fue la última persona que le vio vivo; si en vez de un accidente hubiera sido asesinato, ella habría sido la principal sospechosa.

Zif revisó la ficha, leyendo desde las medidas antropométricas de Sue hasta su profesionalidad como modelo.

—¿De Nueva York?

—Sí.

—¿Modelo de alta costura?

—Sí, y también de fotografía.

—Creo haberla visto en algunas revistas.

—Es posible, me han sacado en varias portadas.

Zif, sin mirarla, siguiendo las líneas de la ficha, leyó:

—Francés, algo de alemán, carnet de conducir en regla... No ha tenido pleitos con la ley. —Volvió a mirarla a la cara—. Debe haber tratado con gente importante.

—Sí, he estado en muchas convenciones políticas.

—Babby, tómalas como ayudante y prepárala bien. En ocasiones, me la llevaré conmigo, siempre hace falta alguien con buen porte para tratar con la gente importante.

De pronto, todas miraron a Sue como a su enemiga personal. Recién llegado el nuevo gallo, ya había escogido a su...

—Bien —se limitó a asentir Babby, lanzando una ojeada a Sue;

tampoco ella estaba muy contenta.

Sonó el repiqueteo del teléfono que se hallaba sobre la mesa, y Babby se apresuró a descolgarlo.

—Ah, míster Byron... Sí, sí, le escucho. —Permaneció un minuto en silencio y luego volvió a hablar—. En seguida, míster Byron. —Después, colgó y se encaró con Zif—. Míster Byron le espera en la salita de los VIP.

—¿Míster Byron?

—Es el director de investigaciones de los laboratorios, y con él está míster James J. Strada.

—¿El presidente de los laboratorios?

—El mismo.

—Bien, no le hagamos esperar.

Zif recogió la carpeta y, acompañado de Babby, se dirigió a la salita que el hotel destinaba para «personas muy importantes».

Una alfombra verde, de casi dos pulgadas de grosor, imitando el césped, se comía el ruido de las pisadas. Un acondicionador de aire último modelo absorbía hasta el olor a tabaco, y enviaba selectos aromas silvestres. La humedad y la temperatura eran constantes allí dentro, y la luz, tamizada. Un lugar idóneo para hacer un apartado con una de las bellas huéspedes del hotel.

Zif miró a Babby, y se preguntó si ella ya habría retozado sobre aquella alfombra. Miró luego al presidente James J. Strada, y se dijo que era muy posible que él hubiera sido el jinete de la yegua Babby.

Lo mismo el director de investigaciones, míster Byron, que el presidente de la compañía, James J. Strada, eran hombres muy seguros de sí mismos y de los dólares sobre los que se sostengan sus bien arropadas posaderas.

—Un poco joven para ser el jefe de relaciones públicas de un congreso tan importante, ¿no?

La observación de Byron no puso ningún gesto de malhumor ni hostilidad en el rostro moreno de Zif, que replicó.

—He llevado adelante convenciones pequeñas, incluso políticas. Será un honor para mi ocuparme de un congreso de científicos. Tengo ya contactos con la Prensa para que se divulgue la convención adecuadamente y tenga su publicidad.

Strada, el presidente de la compañía, un hombre bastante viejo y

muy astuto, advirtió:

—Cuidado, muchacho, no dejes correr los billetes en exceso porque los chicos de la Prensa son tiburones insaciables. Hay que atarles corto para que no se te coman los brazos con que los alimentas.

—No era mi intención sobornarlos —replicó.

Strada miró a Byron y éste a Babby. La mujer, sonriendo, contestó:

—Es joven, se nota que es un poco pipiolo y que acaba de salir graduado.

—Gracias por la observación —aceptó Zif, sin rencor.

—Babby tiene más práctica que teoría. Si no hubiera sido mujer, posiblemente sería ella la jefe de relaciones públicas —observó Byron.

Babby no osó protestar, sí lo hizo el propio Zif:

—Pues me parece muy mal. Si vale, ella es la persona idónea, y yo me busco otro empleo. El mundo no se termina en Laboratorios Hormonales FWC.

Byron sonrió cínicamente, mostrando unos dientes tan perfectos, que cabía dudar de su autenticidad.

—Si la jefe de relaciones públicas es una mujer, todos los congresistas se quieren acostar con ella y eso no es posible, por lo que uno resulta agraciado y los demás, molestos. Nosotros no queremos que se vaya nadie disgustado, de modo que el jefe debe ser un hombre. ¿No es así, míster Strada?

—Sí. Como decía mi abuelo, el tronco, sólo uno y fuerte. Los racimos de uva, muchos, dulces, dorados y reventones. Así, en la fiesta de la parra, todos contentos. —Hizo una pequeña pausa y prosiguió— hemos perdido a un hombre, muy competente, pero que últimamente soportaba mal el alcohol. Hay que beber, pero saber aguantar. Cuando un relaciones públicas lleva tanto alcohol en la sangre que no lo soporta bien, su hígado protesta y su mente le juega malas pasadas, ese hombre está acabado. Le hicieron la autopsia a Harold, su antecesor en el puesto, y le encontraron más alcohol que sangre; era lógico que se ahogara estúpidamente. Bien, siempre hemos trabajado con la agencia que le envía, espero que esta vez también haya acertado. Si tiene algún problema, consulte con Byron; él es el cerebro gris de este congreso. El dirigirá los

temas a tratar y escogerá a los personajes que deseamos que salgan en la Prensa local, nacional, por radio y especialmente en televisión. Usted se encargará de que todo salga adelante.

—Eso espero.

—Si usted falla, rompo el contrato con la agencia que le envía, y le aseguro que pagamos bien, al cabo del año.

Míster Byron se puso en pie y dijo:

—Entre los tres repasaremos los libros que llevaba Harold, Así sabrá del presupuesto. También deberá mantener una reunión con el director del hotel y su jefe de personal. Hay que calcularlo todo y que nadie quede descontento, ni ingleses, alemanes, suizos ni franceses, nadie.

—Es mi misión, míster Byron.

—Babby, quédate un momento.

—Lo que usted diga, míster Strada.

Babby se quedó a solas con el presidente de la compañía, que la miró primero a los pechos y luego a los ojos.

—Babby, hace algún tiempo que no paso por el hipódromo para dar una buena cabalgada.

Babby, que era muy profesional, comprendió de inmediato lo que pretendía Strada.

—No se preocupe, yo seré su yegua.

Y comenzó a desabrocharse el ajustado atuendo, de color amarillo.

Oh, no, Babby, quiero algo más juvenil... Confío en tu gusto personal para que me lo escojas. Ah, y que esté ya a punto, no quiero una yegua fría. ¿Me comprendes, verdad?

Babby acusó el golpe, su vida estaba cambiando.

Ya no era ella la protagonista, si no la que escogía las flores más bonitas para que se las comieran los cerdos.

Sintió algo que le mordía muy adentro, por encima del monte de venus, pero supo aguantar la dentellada feroz de los celos hacía todas las mujeres jóvenes, y sonrió, volviendo a abrocharse los botones de su mono amarillo.

—No tardaré, míster Strada.

Babby salió. Ya lejos de cualquier observación, soltó un bufido y su rostro se transformó. En aquel momento era como una pantera herida y rabiosa, que buscaba dónde poder hundir sus garras.

—¡Tú!

—¿Sí? —respondió una de las chicas.

—¿Has visto a Sue, la nueva?

—Hace un momento que se ha ido al *hall*.

Babby se alejó rápidamente hacia el vestíbulo. Cuando llegó a él, preguntó al conserje:

—¿Has visto a la chica que entrevistó Harold, antes de que reventara en la piscina?

El conserje, siempre muy puesto en su papel, sin que nada ni nadie le afectara en bien ni en mal, como si estuviera por encima de todo, le señaló la salida.

—Acaba de marcharse hacia el área de *parking*.

A través de los cristales, vio alejarse el «Ford» con matrícula de Nueva York. Sue se le había escapado.

Babby apretó los labios; hubiera deseado que la altiva modelo neoyorkina fuera la yegua que reclamaba míster Strada.

—Babby, ¿nos hospedaremos todas en el hotel?

Se volvió.

—Jo...

—¿Qué te pasa, Babby? Me miras como si no me hubieras visto antes.

La jovencísima Jo, rubita y de ojos azul claro, con cara de niña y muy delgada, podía ser el juguete que complaciera al presidente de los laboratorios.

—Dime, Jo, no estás en tu período menstrual, ¿verdad?

—Pues no.

—Ven conmigo, tengo un encargo para ti.

La cogió del brazo, llevándosela hasta una puerta que estaba cerrada, y que no tenía ningún rótulo. Babby sacó un llavín y la abrió; en realidad, era un cuarto de aseo reservado.

—¿Qué pasa, Babby?

Babby cerró la puerta y, con la luz eléctrica, buscó detrás de unas toallas puestas en un anaquel alto. Bajó un estuche y sacó una ampolla y una jeringa metida en funda de plástico.

—¡No, Babby, no quiero eso, no lo quiero!

—No seas idiota, con esto todo te irá mejor.

Jo, asustada, sabiendo que el inyectable era heroína, siguió protestando, gimiendo incluso.

—No, no quiero droga. Haré lo que digas, pero eso, no, ya sabes que me curé.

—Un poco no te hará daño y te entonará.

Jo quiso huir, pero no pudo. La puerta había sido cerrada con llave, y la personalidad de Babby superaba potencialmente a la de la muchachita, que no pudo impedir que le pasara una goma por el brazo, lazándoselo para cortar la circulación sanguínea y hacer que se le hincharan las venas.

—Babby, por favor, no me hagas esto, somos amigas, ¿no?

—Sí, ya sabes que siempre te he dado buenos consejos. Si no fuera por mí, no ganarías más que sobras, y en pocos días te vas a embolsar un buen montón de billetes. Anda, estira el brazo y deja de lloriquear.

Jo dejaba que sus ojos claros se mojaran de lágrimas, mientras un pinchazo ponía una mueca en su boquita. Luego, Babby soltó la goma y empujó el émbolo.

—Babby, me matará...

—No seas idiota. Ya me dirás luego qué tal lo has pasado, será un «viaje» sensacional, y vas a tener un buen jinete; nadie como él te llenará los bolsillos.

Arrojó los restos de la ampolleta y la jeringuilla de plástico de un solo uso por el tubo del incinerador. Guardó el estuche donde lo había encontrado y, cogiendo a Jo del brazo, la sacó del aseo reservado.

Jo comenzaba a sentir los efectos de la heroína, que criminalmente acababa de inyectarle Babby. Si algo de resistencia había opuesto, ésta había desaparecido totalmente.

La introdujo en la salita para VIP, donde ahora sonaba una música lánguida. Jo comenzó a sonreír a algo que sólo ella podía ver y sentir.

—Es lo mejor que hay por aquí, míster Strada, seguro que le complacerá. Está en su punto, puede pedirle lo que quiera.

—Espera, *Baby*, no te marches.

—Usted dirá, míster Strada.

—Cierra la puerta y prepáramela tú misma.

—¿Yo?

—Sí. Desnúdate tú primero y luego desnúdala a ella. Un poco de diversión antes no me irá mal, déjamela a punto, muy a punto...

—Lo que usted pida, míster Strada —asintió Babby, siempre sonriente, mientras Jo, como trastornada, comenzaba a balancearse y a tararear algo ininteligible, al tiempo que se llevaba las manos a los senos, como si las puntas comenzaran a incendiársele.

Tranquilamente, Strada sacó un cigarrillo de su pitillera de oro, y lo encendió con sibaritismo; no tenía ninguna prisa.

CAPÍTULO III

Zif Z. Ziller dio vuelta al llavín. De inmediato se dio cuenta de que la puerta de la habitación cero, cero, dos, que le habían destinado, estaba abierta. Desde el interior, un hombre terminó de abrirla.

La cabeza del desconocido rebasaba en una pulgada el dintel de madera. Zif, que ya de por sí era alto, miró con sorpresa *i* aquel gigante con la nariz rota, posiblemente por los puños de alguien que no debía haberle tenido miedo.

—Disculpen, creo que me he equivocado de habitación.

—No, muchacho, no te has equivocado —le dijo otra vez desde el interior de la estancia.

Zif entró y el gigante, que cada vez que pasaba por una puerta tenía la precaución de agachar la cabeza, cerró, aislándoles del exterior.

Sentado en el sofá, con los pies sobre la mesita de centro y un sombrero blanco echado hacia atrás, con más arrogancia que displicencia, aguardaba un tipo de grandes mejillas caídas, que posiblemente tenían un paralelo con sus nalgas.

Cerca de él, a su izquierda, con las manos enfundadas en guantes, pese al tiempo caluroso que vivían, estaba un tercer personaje, más seco, con una cicatriz que por el lado derecho de la cara le subía desde el mentón a la oreja.

—¿Qué quieren?

—Muchacho, tú eres el nuevo «relaciones públicas». Una lástima que Harold Sullivan reventara en la piscina, con él nos entendíamos bien.

—¿Forman parte de la empresa?

El hombre del sombrero blanco y los pies sobre la mesita, que era el que hablaba, se echó a reír. El gigante, como si tuviera obligación de imitarle, también se rió, no así el de los guantes

negros, que parecía condenado a morir con cara de mal genio.

—Nosotros no somos vendedores de medicinas o, en cierto modo, sí. Anda, siéntate y negociaremos.

—¿Sobre qué? —preguntó Zif, sin sentarse.

—Harold era un buen distribuidor, tenía unas palomas excelentes. Te diremos cuáles son las mercancías, las dosis y los precios, verás cómo la comisión te conviene.

—¿Estupefacientes?

—Llámalo como quieras. Coca blanca, heroína para pinchar, ácido, canutos, porros, caramelos, lo que quieras... —Se volvió a reír.

Zif replicó, sin vacilar:

—El negocio no me interesa.

—Aún no has oído la comisión —rezongó el hampón que no se había identificado, lo mismo que sus dos matones.

—Ni me interesa conocerla.

—Vamos, muchacho, pero ¿quién te crees que eres?

—¿Yo? Un relaciones públicas, simplemente.

—Ya, es una forma bonita de llamar a los chulos, a los macarrones. Mira, tú tienes un puñado de furcias de primera a tu disposición para meter en la cama de esos congresistas que vienen de todo el mundo. No son furcias cualquiera, lo admito, si fueran vulgares *call-girl*, los congresistas pondrían el grito en el cielo. Ellos prefieren creer que hacen conquistas, claro está que todas dirán más o menos que son divorciadas o que perdieron a su joven marido en el Vietnam, y ellos aparentarán tragárselo porque vienen a divertirse y a creerse irresistibles. Hay que darles lo que buscan. Las zorras ya las tienes, y yo soy el proveedor de los «viajes». Tú los distribuyes entre las palomitas, y ellas los colocan a la perfección.

—Vamos, fuera o tendré que llamar a la brigada de narcóticos.

El tipo seco y malcarado hundió su mano entre la chaqueta y la camisa, y empuñó una pistola de grueso calibre.

—Quieto, el muchacho es nuevo en este asunto, y hay que darle tiempo para reflexionar.

—¡Fuera, todos! —exigió Zif, sin demostrarles el más mínimo temor.

—Muchacho, en un congreso como éste se coloca bastante género, y no voy a perder la plaza que tengo en exclusiva, de modo

que reflexiona. Si cuando lleguen los pingüinos a la fiesta, no has llamado a este número —le metió una tarjeta en el bolsillo de la camisa de manga corta, que Zif vestía—, te daremos un disgusto. Ahora que empiezas en este chollo de empleo, no querrás que te busquen sucesor, ¿verdad? —Se rió, muy seguro de sí—. Chicos, vámonos. El muchacho reflexionará, y pronto se dará cuenta de que aquí todos estamos en el negocio. Hemos de ayudarnos los unos a los otros.

—¿Y si le anticipamos ahora una pequeña muestra de lo que va a recibir pasado mañana, si no entra en el carril? —preguntó el gigantón.

—No te precipites, tendrás tiempo de escarbarte las muelas con sus huesos rotos.

Se alejaron, cerrando la puerta con suavidad.

Zif quedó solo, muy molesto. Acercó su mano al teléfono, pero se dijo que no tenía pruebas para denunciarles a la policía que, por otra parte, seguramente ya sabría que aquellos tres sujetos distribuían droga en aquel sector de Palm Beach, sólo que no debería ser fácil llevarlos ante el juez, con pruebas suficientes.

Comenzaban a surgir los inconvenientes, y hubiera deseado que fueran de otro cariz.

Sus profesores de relaciones públicas le habían hablado del alcohol, del poder y el peligro de cada una de las bebidas, de lo persuasivas que resultaban las mujeres colocadas en su momento justo delante de un tipo difícil, pero no le habían hablado de la distribución de droga en los congresos.

Zif había aprendido que los hombres, cuando abandonaban sus hogares, sus centros de trabajo, y se iban lejos, se producía una transformación en ellos. Se volvían más salvajes, aunque se escudaran bajo una amable cordialidad.

Se quitaban inhibiciones, por las buenas o por las malas, con decisión o mediante el alcohol y las drogas, y buscaban con avidez el placer de la vanidad o de la compañía femenina, una joven que contrastase con las que eran sus esposas.

Muchos de aquellos hombres, incluso cerebros eminentes, que abandonaban sus casas con gran arrogancia profesional y una actitud muy digna, terminaban cometiendo idioteces e incluso delitos, que jamás hubieran hecho en su vida normal y rutinaria.

Zif no deseaba en absoluto ser él quien quitara los grilletes a las bajas pasiones que los congresistas pudieran llevar dentro.

Malhumorado por la inesperada visita de los hampones, traficantes en drogas, abrió el portafolios y ante él apareció el frasco que sería el rey del congreso.

«La hormona FWC, rejuvenecedora de la mujer», leyó.

Había otros *slogans*, a cual más provocativo.

Míster Robert Byron le había dado los nombres, previamente seleccionados, de los científicos y médicos que hablarían de la revolucionaria hormona FWC por la televisión, dando su opinión al respeto.

Habían sido escogidos por míster Byron, director de investigación de los laboratorios, y no cabía dudar de que todo serían alabanzas para el producto en cuestión, la publicidad estaría asegurada.

«La hormona FWC aleja la menopausia, pone una barrera a las arrugas, a la sequedad de la piel, a la caída del cabello en la mujer, etcétera, etcétera...».

Era la panacea para conseguir que las mujeres se conservaran siempre jóvenes y hermosas, e iba a caer como una bomba en el mercado, no sólo americano, sino internacional.

Con aquella sola hormona, fabricada en los laboratorios FWC, se ganarían millones de dólares limpiamente.

«¿Y a mí qué diablos me importa?» se preguntó Zif. «El que promociona el producto es el jefe de publicidad, yo sólo soy relaciones públicas, y mi misión consiste en que los congresistas estén satisfechos de su estancia en Palm Beach».

Llamaron a la puerta.

—¡Adelante!

—¡Zif!

La joven pelirroja entró casi en tromba, parecía muy excitada.

—Tú eres Faye, ¿no?

—Sí, ven —le tuteó—. Jo se encuentra mal.

—¿Qué le pasa?

—Ven, ven —le apremió, excitada.

Zif dejó el portafolios y siguió a la muchacha, cerrando de un portazo la habitación, aunque ahora ya sabía, que allí dentro podían colarse los hampones, cuando lo desearan.

Faye le condujo hasta la habitación cero veinticuatro, y abrió la puerta.

Jo estaba tendida en la cama, tenía un ojo amoratado y algunos cardenales en los brazos. Zif supuso que también algo más abajo del vestido, que llevaba mal colocado. Jo, la joven rubita, respiraba lentamente.

—Hay que llamar a un médico.

—Tranquilo, Zif —pidió Babby, entrando en el cuarto.

—¿Qué pasa? ¿No ves como está?

—Sí, parece que ha tenido un mal tropiezo. Cuando despierte, ya nos contará qué le ha pasado.

—¿Y si no despierta?

—Yo no la veo tan mal, y lo que menos conviene ahora es un escándalo.

—No se trata de ningún escándalo, se trata de que Jo debe ser llevada a una clínica y revisada. Puede tener alguna costilla rota. Ni que la hubiera pateado un caballo.

—Quizá ha tenido un golpe con algún coche, hay que esperar.

Zif se fijó entonces en el pliegue del codo de Jo, y observó la huella del pinchazo.

—Parece que la cosa es peor.

Babby, en presencia de la pelirroja Faye, explicó:

—No quería decírtelo, pero Jo pasó por un período de desintoxicación; puede haber tenido una recaída. Si llamas a un médico, y éste avisa a la policía, la meterás en problemas a ella y a la empresa.

—Drogas, drogas, malditas drogas... —Zif bufó con fuerza, metió las manos en sus bolsillos y masculló—: Parece que un relaciones públicas ha de hacer de todo, sólo me faltaría ayudar a las chicas a dar a luz.

Faye soltó una corta y única carcajada; luego se contuvo, tapándose la boca. En la cama, Jo comenzó a gemir.

—Parece que se encuentra mejor —observó Babby.

—Pese a todo, opino que hay que llamar a un médico.

—Está bien, llamaré a uno, discreto. Costará unos dólares más.

—Los cargaremos al presupuesto —dijo Zif.

—No habrá problemas, déjala de mi cuenta.

—¿Puedo cuidarla yo? —se ofreció Faye.

Con dureza, Babby replicó:

—Tú te vas a ir a tus cosas, y que no se te escape ni una palabra más sobre lo ocurrido. Si me entero de que has soltado la lengua, te vas inmediatamente del hotel.

—No diré nada, sólo quería cuidar a Jo.

—A Jo no le hace falta mucha gente.

—Ya lo has oído, Faye, márchate y mantén la boca cerrada.

—Sí, sí —aceptó, sin protestar.

Zif se encaró con Babby y dijo:

—Cuando llegue el doc, quiero estar presente, he de saber qué pasa con Jo.

—Descuida, a mí también me interesa que a Jo no le suceda nada. Es casi como una hija para mí, yo se la presenté a Harold.

—Bien —aceptó Zif. Dando una nueva ojeada a Jo, llena de cardenales y gimiendo en su inconsciencia, dijo—: Pobre chica, le han dado salvajemente duro... Me gustaría encontrar al tipo que le ha hecho eso, porque no creo que haya sido ningún coche.

Babby le vio alejarse con preocupación y, al cerrarse la puerta, descolgó el teléfono y comenzó a marcar un número en el disco.

CAPÍTULO IV

James J. Strada torció el gesto, empequeñeció los ojos y dentro de su cráneo se desencadenó una tormenta, lo que no era raro en él.

—¿Seguro?

Frente a él, Robert Byron asintió con la cabeza.

—Desgraciadamente, sí.

—¿En nuestros laboratorios habían salido afirmabas esas pruebas?

—No.

—¿Porqué?

—Quizá porque no nos interesaba demasiado averiguarlo.

—¿Y los demás científicos?

—Nada, no dicen nada, no saben nada.

—¿Y los médicos?

—Serían los últimos en enterarse, y eso sucedería después de algunos años. Tampoco se puede asegurar que ocurra y, si ocurre, se puede atribuir a muchos factores. ¿Quién no fuma, quién no bebe, quién no vive cerca de una central termonuclear, quién no vive en un área contaminada, quién toma productos envasados en plástico, etcétera? Se puede culpar a mil causas distintas, y no se puede probar una sola, concreta.

—¿Quieres decir que tenemos tiempo de llenar de oro nuestras arcas?

—Sí, creo que sí. Con la publicidad que le hemos preparado, se venderá mejor que las píldoras «anti-baby».

—Entonces, vamos.

James J. Strada siguió a su director de investigaciones, y ambos se introdujeron en un ascensor, que les subió a la planta quince, la más elevada del The Queen of Florida Hotel, y destinada a servicios.

Se dirigieron a una escalerilla metálica, junto a la cual montaba vigilancia un agente privado, uniformado. Éste se llevó rápidamente

la mano a la visera para saludar a sus jefes.

—¿Ha pasado alguien por aquí? —preguntó Byron.

—No, no señor, no ha entrado ni salido nadie.

—Pues que siga así. El hombre que está arriba puede tener una enfermedad contagiosa, y nos hundiría el hotel y el congreso internacional de médicos y científicos.

—No pasará nadie, señor.

Dejaron atrás al agente privado y subieron por la escalerilla metálica. Abrieron una puerta, también metálica, y por un estrecho corredor avanzaron frente a las cabinas de motores de los ascensores que funcionaban en el hotel.

Descubrieron a otro hombre vigilando; éste no llevaba uniforme, vestía un jersey playero y parecía un tipo muy fuerte. Cerca de él, colgado de la pared, había un teléfono y, a su derecha, una puerta metálica.

—Ábrela —exigió Robert Byron.

Franquearon la puerta y ante ellos quedó una estancia pequeña y oscura, iluminada por una bombilla protegida con rejilla.

Sentado en un catre, había un hombre que debería bordear los sesenta años. Su cabello era abundante y canoso, carecía cansado, y miraba a través de unas gafas con cristales redondos. Sonrió débilmente.

—No servirá de nada que me encierren aquí.

—De modo que es usted el profesor Lajos M. Andreiev.

—Si, ¿y usted quién es?

Byron miró al presidente de los laboratorios, esperando que éste respondiera.

—No importa quién sea yo, pero será bueno que charlemos y llegaremos a un acuerdo.

—De modo que es un gerifalte de la empresa, ¿eh? —Miró luego a Robert Byron y, señalándole con el índice, añadió—: Ya le dije, nada más llegar, que su producto, la hormona FWC, no se podía poner en el mercado porque produce cáncer.

—Ésa es una opinión muy suya, profesor Andreiev —le replicó Byron, comprendiendo que el presidente Strada no quería identificarse, por si en otro momento había problemas.

—Lo he probado en mi laboratorio de investigación, allá en Europa. Las cobayas cogieron cáncer, al aplicarles las muestras que

ustedes me enviaron.

—A nosotros, y en todos los demás laboratorios, dieron resultados negativos; no produce cáncer —rebatí Byron.

—Sí lo produce —replicó, con energía, el profesor Lajos Andreiev, levantándose del catre.

La mano de Byron, puesta en su hombro, le obligó a sentarse de nuevo; era mucho más fuerte que él.

—¿Lo ha probado con monos? —inquirió Strada.

—Sí, pero aún no hay resultados. Con las cobayas, el proceso es acelerado; con los primates, hay que esperar mucho más tiempo. El tomar diariamente esa hormona FWC produce cáncer, no inmediatamente, pero sí al cabo de unos años. Esa hormona contiene un factor desencadenante del cáncer.

—Lo que quiere decir que lo padecerán las personas ya predispuestas —le objetó Strada, que mantenía una mano en el bolsillo del pantalón, y la otra, sosteniendo un cigarrillo.

—Eso sucede en todos los casos, hay que estar predispuesto para contraer el cáncer, pero...

—Vamos, vamos, profesor Andreiev —le cortó Byron—. Una información como la que usted pretende dar sería un bombazo destructor contra nuestra empresa de ámbito internacional.

—No puede llamarse a engaño. Nada más llegar a *Palm Beach*, me entrevisté con usted para explicarle lo que pensaba hacer. Todavía tiene tiempo de confesarse públicamente, y no lanzar al mercado la hormona FWC; claro que usted, abusando de la fuerza de sus matones, y utilizando acciones mafiosas, me ha secuestrado y encerrado aquí.

—No podíamos arriesgarnos a que hablara usted demasiado.

—Esto terminará sabiéndose y, si lanzan al mercado la hormona, se hundirán ustedes con todas las consecuencias.

—Usted me dijo que aún no había hablado con sus colegas de este asunto, que nadie sabe nada.

—Por lo visto, he sido un ingenuo. Pensaba que trataba con caballeros, aunque sí he tomado alguna precaución.

James J. Strada volvió a mirar a Byron, antes de hablar. Levantó un pie, apoyándolo sobre una banqueta y, después de expulsar una larga bocanada de humo, propuso:

—Su laboratorio europeo puede obtener de esta compañía una

subvención de un millón de dólares. Seguro que le sacaría de apuros, y podría aprovisionarse de nuevo material.

—¿Y para qué me serviría, para hacer la autopsia de las desgraciadas que, después de tomar su hormona, murieran de cáncer?

—Profesor Andreiev, usted no quiere entrar en razón —silabeó Strada, el presidente de la empresa—. Hemos gastado mucho dinero en investigación, también en publicidad científica y ahora, este congreso, nos cuesta casi dos millones de dólares. Han llegado doscientas personalidades, hay que pagar a los muchachos de la Prensa, a la televisión para programas de información pública, que nos harán publicidad indirecta, que es la mejor, pero también la más cara; es una inversión muy grande. Ustedes, los científicos, sólo cuentan sus bacilos, sus virus, pero no los dólares que cuesta toda la promoción.

—Sí, y me imagino que ustedes también cuentan los beneficios que van a obtener, si el producto tiene aceptación entre las mujeres que temen a la vejez, ¿no?

—¿Quiere decir que no está dispuesto a ceder?

—¡Noo! —El científico europeo fue rotundo—. Ni por un millón ni por cien, por nada. Tengo mis resultados, y los proclamaré.

—Es usted infantil, profesor Andreiev —rezongó James J. Strada—. ¿Imagina que vamos a dejarle libre, poseyendo esa información, para que nos hunda el negocio?

—¿Qué van a hacer, matarme? Se descubrirá el asesinato.

Strada miró a Byron y, sin alterarse, sin prisas, le ordenó:

—Te vas a traer a Cholo. Quiero toda la información, antes de que los congresistas lloren la muerte de su colega, el profesor Andreiev.

A través de sus gafas redondas, el profesor miró a uno y a otro, y preguntó:

—¿Qué van a hacer, matarme o torturarme?

Byron explicó:

—Aún está a tiempo de recapacitar. Cholo es un especialista de la tortura; no van a quedar huellas, pero usted lo pasará francamente mal.

—¡No lo conseguirán, no lo conseguirán!

Ya fuera de la habitación, Byron preguntó:

—¿En qué forma lo liquidaremos para no llamar la atención?

—Una septicemia múltiple, de origen desconocido. Cargáis la jeringa más gorda que encontréis de los peores virus, y se los metéis en la sangre, pero que no muera en un solo día, que sus colegas tengan tiempo de verle agonizar en la cama y lamentarse por él. Eso sí, mucha fiebre y estado de coma asegurado. La empresa correrá con todos los gastos para tratar de salvarle, pero que no salga de la sala de cuidados intensivos, nadie debe sospechar nada. Pero, antes, hay que soltarle la lengua; quiero saber cuántos están enterados de su descubrimiento.

—Así se hará, míster Strada.

Se escuchó un grito lejano, que quedó ahogado por el rumor de los ascensores.

No había que preocuparse, nadie del hotel lo oiría.

CAPÍTULO V

La cena-baile de bienvenida a los congresistas, languidecía; era ya muy de madrugada.

Zif Z. Ziller lo había controlado todo con mucha atención, y no se produjo ningún contratiempo. Estaba satisfecho.

Babby, bajo la luz tamizada de la sala de baile, parecía más joven de lo que era. Vestida con un ajustadísimo *mono-complet* negro y plata, se acercó a Zif.

Con sus manos, de uñas impecables, pintadas en color verde esmeralda, cogió al joven jefe de relaciones públicas por las mejillas y lo sacó a bailar.

—Eres una pantera, Babby.

—Hummm —runruneó, fingiendo un estremecimiento, mientras acoplaba su cuerpo al del hombre, y se movía al compás de la danza lenta—. Todos los hombres las preferís muy jóvenes, pero la experiencia vale mucho.

—Sí, vale mucho. La cena-baile ha resultado muy bien, y confieso que gracias a tu colaboración.

Mientras Babby iniciaba la respuesta, Zif vio a Sue bailar, muy amartelada, con un apuesto y elegante médico llegado de Londres.

—¿Qué te ha parecido el número de las treinta go-gos?

—Magnífico, ha sido muy aplaudido y luego le ha dado mucha animación que las go-gos se repartieran por las mesas.

—Los congresistas son todos iguales, tienen ganas de divertirse, y no desaprovechan ninguna ocasión para conseguirlo; sólo hay que facilitarles las cosas. Todo sale bien.

—Bueno, me falta un congresista.

—Ah, sí, el profesor Andreiev. ¿No ha querido pasar antes por Miami para visitar a unos parientes suyos?

—Sí, espero que no le ocurra nada.

—¿Qué le va a pasar? Lo que sucede es que te sientes como

gallina con pollitos que cuidar.

—La que no se me quita de la cabeza es Jo.

—Se despertó antes de que llegara el médico, y se largó, eso es todo. Las chicas como ella aparecen y desaparecen en nuestra profesión. Debió sentirse avergonzada por algo que le había pasado, y se marchó.

—El que la golpeó debe ser un hijo de puta y un cabrón.

—Sí, eso mismo pienso yo, pero hay tantos como ése. —Separó su cabeza del tórax masculino, y le miró a los ojos—. Anda, vamos.

—¿Adónde?

—Estás cansado, y mañana tendrás un día agotador. La fiesta muere por sí sola, ya no hacemos falta aquí.

Zif observó a su alrededor, por encima de la morena cabeza de Babby, y aceptó:

—Sí, ya no hacemos falta.

Su mirada tropezó con Sue, y mentalmente se dijo que le gustaría más retirarse con ella. Sue le gustaba, pero ¿tenía derecho a obligarla a acostarse con él, aprovechándose de la situación privilegiada de ser su jefe? Aquel pensamiento le irritó.

—Vamos.

—Tomaremos la última copa, juntos.

—Ya he bebido bastante.

—Qué va, has estado muy comedido. Harold bebía veinte veces más que tú, y aguantaba hasta el amanecer. La verdad es que era un hijo de la noche; de día las cosas no le salían tan rodadas.

Le cogió del brazo, empujándole hacia la salida, y Zif se dio cuenta de que Sue le seguía con la mirada.

—Verás como la última copa es la mejor, y ha de ser champaña, nada de *whisky*, *gin* ni vodka; champaña, que ayuda a la digestión... y a otras cosas.

Efectivamente, Zif se sentía cansado, los párpados le pesaban. El día había sido agotador. Había tenido que ir al aeropuerto para recibir a los distintos aviones, en que iban llegando los congresistas de todas partes del mundo.

Discretamente, se alejaron hacia los pabellones que circundaban la piscina roja.

Dentro del agua había dos azafatas jugueteando, vestidas solo con braguitas. En torno a la piscina reían y casi cloqueaban varios

congresistas, en distintos idiomas.

Uno de ellos lanzó un grito y, vestido con *smoking*, se arrojó al agua, chapoteando con fuerza.

—Espero que no se ahogue.

—No tengas miedo, Zif. En una de las ventanas, hay un empleado del hotel, vigilando discretamente. Si ve la situación apurada, intervendrá.

—Todo está controlado, ¿eh?

—Así debe ser.

—Me siento un pipiolo, un novato. Tengo que aprender mucho de ti, Babby.

El congresista vestido de *smoking* consiguió sujetar a una de las chicas por las braguitas, y gritó de júbilo, ella, riendo, se zafó de él, quitándose la pequeña prenda. Ya desnuda, nadó hacia uno de los bordes de la piscina, y hacia ese lugar corrieron cuatro congresistas, que la esperaban con sus manos extendidas.

—Anda, pasa —le invitó Babby, abriendo la puerta de una de las habitaciones.

La mujer encendió una luz débil y roja, que resultaba suficiente. Sobre una mesita, frente al sofá, había ya un cubo de acero inoxidable, con una botella de champaña y hielo alrededor. Al lado, dos copas.

—Anda, descórchala y tomaremos un poco.

—Caramba, Babby, ya lo habías previsto.

—Profesionalidad, Zif, profesionalidad. Te aseguro que, si estás cansado y con tensión, mañana te vas a levantar relajado como nunca, de eso me encargo yo.

Zif no era ningún ingenuo, y sabía perfectamente lo que le estaba ofreciendo Babby.

Ella sabía más de relaciones públicas en congresos y convenciones que muchos maestros teóricos, y le convenía estar a buenas con aquella mujer que, por otra parte, era muy hermosa y conservaba sus carnes prietas y sin grasas.

Quizá le costara un esfuerzo diario de gimnasia y control de comidas mantenerse tan esbelta, pero ¿qué importaba, mientras tuviera duras caderas dónde apoyarse, redondos pechos que acariciar, estrecha cintura que ceñir? Tampoco había que olvidar aquellos labios, que prometían habilidades sin fin.

El champaña no era californiano sino francés. El tapón de corcho produjo un ruido seco al ser quitado y, de inmediato, escapó una nubecilla blanca de gas. El líquido dorado llenó las copas, que ambos llevaron a sus respectivos labios.

—Ahora, no te esfuerces en demostrar que eres el gallito dominante, que ha de quedar bien, deja a Babby que te relaje.

Zif consumió la copa de champaña y suspiró...

... Zif la vio desaparecer hacia el cuarto de baño.

Alargó la mano y consiguió agarrar la botella de champaña. Se la llevó a los labios, y bebió el último sorbo que quedaba. Tanteó con la mano y metió los dedos dentro del cubo de acero inoxidable. Sacó un pedazo de hielo, que se metió entre los labios, buscando su frescor, pese a que el aire acondicionado funcionaba a la perfección.

Cuando Zif escuchó el ruido, que le alarmó, ya era tarde para reaccionar. Una pistola con silenciador le encañonaba desde la puerta.

—Canta, pajarito, y te hago otro agujerito.

Zif parpadeó, mirando al tipo de los guantes negros y la cicatriz en el rostro.

—No sabía que tuvieras sentido del humor.

Zif pensó que si iba a recibir algunos golpes, era mejor estar con los pantalones puestos; la ropa impediría que le acertaran con más precisión.

El tipo del sombrero blanco entró después y por último, agachando la cabeza, lo hizo el gigante de la nariz rota.

—Hola, relaciones públicas, volvemos a vernos.

Zif había conseguido subirse los pantalones, y se pasó el cinturón con rapidez.

—Largaos o tendré que llamar a la policía, y la brigada de narcóticos se ocupará de vosotros.

—¿Lo habéis oído? Tan joven y tan masoquista... —Buscó con la mirada al gigante y le ordenó—: Dale la primera lección, será un cursillo acelerado para aprender a ser cauto y conservador. Cuando terminen las clases, si no apruebas, te llevarán a la Morgue.

El gigante no parecía tener prisa. Se calzó los dedos con unos anillos metálicos, unidos entre sí, y que poseían unos cantos nada tranquilizadores.

—Yo tengo que estar mañana bien aquí; si sucede algo, todo el

mundo se enterará.

—Ya lo has oído, no le des en la cara, sólo unas caricias. Después de todo, sólo se trata de convencerle de que somos sus mejores proveedores.

—Bueno. ¿Dónde prefieres que te golpee?

—¡Aquí!

El gorila se llevó una patada en los genitales, que lo puso blanco, pese a que la luz ambiental era roja.

—¿Qué hago, lo mato? —preguntó el asesino, que llevaba la pistola con silenciador.

—No, todavía no.

El gigante se repuso y se abalanzó contra Zif, deseoso de cobrarse el golpe.

Zif se torció con un gesto de dolor, al sentir varios puñetazos reforzados con los criminales anillos. El gorila, con la experiencia del boxeo, y sabiendo que su jefe no quería que le golpeará en la cara, le castigó los flancos.

—¡Bastardo! —masculló Zif, casi sin respiración, al tiempo que se hacía con la botella de champaña vacía, y la partía contra la frente del gigante.

Éste se tambaleó para caer luego con una brecha por encima de las cejas, por la que comenzó a manar sangre.

Zif no se quedó quieto y, con lo que le quedaba de la botella de champaña en la mano, saltó hasta el tipo del sombrero blanco, y le puso los afilados cristales en el cuello.

—Dile a tu pistolero que suelte la pistola o te degüello como a un cerdo.

—Jefe —comenzó a decir el aludido—, podría matarlo antes de que el cristal le raspara la piel.

—Por si acaso, será mejor que dejes la pistola.

—Eres inteligente —silabeó Zif, presionando con los cortantes cristales contra la nuez.

—Está bien, pero volveremos. ¿Verdad, jefe?

—Sí, volveremos y terminaremos negociando.

—No volváis por aquí porque la próxima vez será peor —les espetó Zif, haciendo salir primero al hampón que pretendía matarle y luego a su jefe. Después cerró la puerta y pasó el cerrojo.

—¡Zif!

En el umbral del aseo estaba la hermosa figura de Babby.

—Ah... ¿Estás bien, Babby?

—Vaya tío estás hecho, pero no ha sido sensato enfrentarse a esos hampones. Volverán, y si no ellos, otros. No hay quién impida que la droga se pueda distribuir.

—Pues lo que es yo, no me convierto en traficante de drogas, por las buenas ni por las malas.

Recogió la pistola equipada con silenciador, y la observó, opinando:

—Quizá fuera mejor avisar a la brigada de narcóticos. A lo peor, con esta pistola han cometido más de un crimen.

—Es posible, pero no te metas en más líos. No lograrías probar nada. Esos tipos son más escurridizos que peces babosos; yo los conozco, Harold trataba con ellos.

—Pues se acabó.

—Ten cuidado, Zif, no vayas a organizar un escándalo; el congreso se vendría abajo. Los congresistas quieren absoluta discreción, sólo aceptan la publicidad que dice lo inteligentes, lo sabios y humildes que son, frente a las cámaras de televisión o ante los reporteros gráficos. Si metes algo sucio por medio, no vuelven más; hay que mimarlos.

—No daremos ningún escándalo, a mí tampoco me conviene. ¿Tienes algún cordelito o algo que se le parezca?

—Pues no. ¿Te sirve una cinta?

—¿Es fuerte?

—De nylon, color rojo.

—¿Para qué?

—Será una lección para quienes pretendían dármele a mí.

—¿Con una simple cinta? —se asombró Babby.

—Tráela y verás.

El gigantón, caído e inconsciente por el botellazo, ni se dio cuenta de que le abrían la cremallera del pantalón, le separaban los calzoncillos y le rodeaban la parte alta del escroto con un lazo, como si fuera un regalito para colgar en el árbol de Navidad.

—Para todo lo corpulento que es, no está muy bien lastrado —opinó Babby, que podía presumir de experta.

Zif hizo un nudo simple, cogió los extremos del lazo con sendas manos, y estiró con toda su alma.

—¿Qué haces?

Zif hizo un segundo nudo y otro más, apretando todo lo que podía hasta estrangular los conductos. Volvió a cerrar la bragueta para que no fuera lo primero que descubriera aquel matón, al despertar.

—¿Qué le pasará?

—Si se lo quita antes de veinticuatro horas, puede que tenga dolores y pesadillas durante un tiempo.

—¿Y si pasan más de veinticuatro horas?

—Podrá pedir un puesto de vicetiple.

—Pues, si se da cuenta, lo primero que hará será quitarse el lacito.

—No le será fácil, y no creo que se exponga a meter una navaja para cortar la cinta.

Zif terminó de vestirse y, cogiendo por los pies al gigante, lo arrastró hacia el exterior.

—Cuando yo salga, cierra la puerta.

—¿Dónde lo dejarás?

—Por ahí; no conseguiría llegar muy lejos, con los cien y pico de kilos que debe pesar.

Zif lo arrastró por la hierba hasta dejarlo tendido entre unos setos.

—Cuando despiertes, vas a sentir un poco de dolor, pero tú te lo has buscado.

Tras aquellas palabras, se alejó.

CAPÍTULO VI

Tras la animada cena-baile, que terminara a altas horas de la madrugada, al día siguiente fue descanso total hasta mediodía.

Por la tarde hubieron presentaciones, corrillos, discusiones e intercambios de tarjetas entre los congresistas que deseaban conocerse personalmente unos a otros, aunque un buen número de ellos ya se conocían de otros congresos.

Parecía que algunos se pasaran la vida de congreso en congreso, y éstos se hacían notar, eran más ampulosos, más paternales casi y se gastaban bromas o chistes a medias, que sólo entendían los que habían asistido a los mismos congresos o situaciones. Eran hombres que prácticamente conocían el mundo entero.

Para la noche se esperaba una cena de trabajo, en la que les hablaría Robert Byron, el director de investigaciones de los Laboratorios Hormonales FWC, que era quien costeaba la convención donde, aparentemente, todos los gastos estaban pagados.

Zif se sentó ante una mesa, junto a la que Sue estaba leyendo una revista. Cerca estaba la gran piscina. Sue vestía un bikini negro y lucía muy atractiva.

—¿Cansada?

Ella sonrió.

—Un poco, hay que pasar muchas horas de pie.

—Algunas aseguran que pasan demasiadas horas acostadas.

—Ese chiste no sirve para mí.

—Sue, tú no eres como las otras, ¿verdad?

—¿Porqué lo dices?

—Bueno, no voy a decir que todas las azafatas de congresos y convenciones sean lo mismo, nada más lejos de la realidad, pero sí contratan a azafatas animadoras para que los reunidos se diviertan. Lo que haga cada cual en la intimidad, es cosa suya, mientras no

provoque escándalo.

—Sí, ya sé que soy de las que deben divertir, pero una cosa es bailar o soportar la tabarra en francés, inglés, alemán o lo que sea, de que sus mujeres no les comprenden, que son unas tías gordas y frías, y que ellos se aburren.

—¿Te han propuesto ir a la cama?

—Ocho.

Zif silbó, admirado.

—Es mucho, ¿no?

—Para un solo día, creo que no está mal.

—¿Y has aceptado alguna propuesta?

—No, pero no vayas a creer que soy ninguna niña; sólo que no me acuesto por un salario. Otra cosa sería que un buen mozo como tú me gustase.

—Mira, Sue, yo no te lo pido porque no quiero que te sientas obligada.

—Lo tendré en cuenta.

—Y las demás, ¿qué hacen? —preguntó, desviando la mirada y encendiendo un cigarrillo, mientras ella acercaba a sus labios el vaso de refresco.

—Las hay que lo aprovechan todo. No sé cómo se las arreglan, pero siempre encuentran un momento libre para sus citas. Creo que llevan un cuaderno, como se hacía antiguamente con los bailes de sociedad, y una computadora para ir sumando.

—¿Les cobran mucho?

—Han unificado tarifas.

—No me digas... —Zif sonrió, divertido.

—Sí, para que no haya peleas, se hizo una reunión entre nosotras, y se aprobó la tarifa de doscientos dólares.

—¡Ni que lo tuvierais de uranio!

—Para ellos, es el capricho de unos días, nada más. Pagan, pero queda como que no, que son unos tipos muy irresistibles, que nos seducen.

—Pues algunas se van a llevar los riñones bien cubiertos.

—También hay juegos a grupo.

—Estás muy enterada.

—Es que me propusieron uno a cuatro.

—¡Diablos!

—Creo que para mañana, de madrugada, preparan algo múltiple en la piscina roja, pero con menos agua. Me han hablado de un bar flotante, botella a gogó, las farolas apagadas y a la luz de la luna. Por cierto, ¿sabías que es plenilunio?

—Pues no. ¿Tiene eso importancia?

—Algunas mujeres se sienten distintas en plenilunio.

—¿Tú eres una de ellas?

—Puede. ¿Sabes que corre la droga por el hotel?

—No, no lo sabía.

—Parece mentira, médicos y científicos y corre la droga... Menos mal que todos los de la profesión no son como los que ha invitado la empresa FWC, *free water closet*[1].

Zif se rió.

—Si les sueltas eso a míster Byron y a míster Strada, les da un cólico.

—¿Entonces?

—Es *Free Woman Company*[2]

—Y además de festejar y divertir a los congresistas, ¿esta convención servirá para algo?

—Sí, parece que sí. Eso no es cosa mía, lo lleva míster Byron personalmente, pero se trata de promocionar la hormona FWC, que aleja la menopausia de la mujer.

—No me digas...

—Lo que oyes.

—¿Y es buena?

—Mientras tenga las piedras donde corresponde, no voy a probar esa hormona; de momento, no pertenezco al mundo «gay».

—Yo no tengo nada contra los «gay» y, si se lo pasan bien entre ellos, es asunto suyo, pero lo que no me gustaría es toparme con un bisexual.

—A mí tampoco, no me van los tapones.

Sue se rió.

—Tú no lo serás, ¿verdad?

—No, qué va, por eso no me gustan las camas redondas. En esas orgías a manta, algunos que presumen de clavos terminan clavados. Ahora, si me disculpas, tengo que revisar el comedor de convenciones. Si no suena bien la megafonía nadie se va a enterar de que la hormona FWC es la panacea que oscurecerá el éxito de la

doctora Asland.

Mientras, las azafatas se paseaban con sus vestidos de media gala y las placas doradas de identificación prendidas sobre el seno derecho, repartiendo sonrisas a diestro y siniestro, sin molestarse si una mano osada se deslizaba entre sus ropas.

James J. Strada, presidente de los Laboratorios Hormonales FWC, tomaba asiento en la larga mesa de presidencia, tras un inmenso cortinaje que ocultaba una monumental pared.

En el centro, un *poster* gigante, de cinco por cinco metros a todo color. Era una reproducción fotográfica del folleto que explicaba el fabuloso poder de la hormona FWC y el bonito frasco diseñado para la venta de la hormona.

No había que olvidar que tenían que adquirirlo millones de mujeres en todo el mundo, mujeres que, por otra parte, en su mayoría habrían dejado atrás los cuarenta años y caminaban hacia la cincuentena.

James J. Strada levantó su servilleta, y se encontró con un papel cuidadosamente doblado. Lo desplegó y vio que, en letra de tipógrafo, con un bolígrafo, habían escrito:

«Un millón de dólares le costará el que nadie se entere de lo que sabe Lajos. Téngalo listo esta noche, billetes de a diez y de veinte, usados. Volverá a tener noticias».

No ponía nada más, pero era suficiente para que el rostro de Strada se congestionara. Byron, a su lado, se dio cuenta de que algo raro ocurría.

James J. Strada no se levantó ni dijo nada, se limitó a guardarse la misiva en el bolsillo. Tenía la impresión de que quien le enviaba la nota le estaba observando, esperando sus reacciones.

Babby se movía con aparente calma cuando, en realidad, lo hacía con rapidez. Era muy buena como jefe de azafatas. Sabía distribuirlas adecuadamente, de modo que todos los congresistas se sintieran atendidos.

Oficialmente, aquel congreso no era una publicidad descarada de la hormona FWC, si no un intercambio de puntos de vista sobre los problemas menopáusicos de la mujer, y eso era lo que todos dirían en sus entrevistas, bien escogidas y preparadas.

Mientras allí se cenaba y el águila que era míster Strada escrutaba en derredor, con su mirada rapaz, buscando a quien pretendía arrancarle un millón de sus arcas, en otro lugar muy distinto, un hombre íntegro, un sabio que no sé vendía, agonizaba.

Cholo era un latinoamericano nacido ya en Florida.

Se rumoreaba que había trabajado no se sabía para qué policía latinoamericana, y que se había instruido en unos cursillos muy especiales para llevar a cabo interrogatorios secretos.

También se decía de Cholo que estuvo conectado con la CIA, pero eso no se había demostrado. El no afirmaba ni negaba nada, iba a lo suyo, para eso cobraba sustanciosos fajos de billetes, siempre en papel moneda.

—El viejo no estaba para aguantar mucho —rezongó Cholo, frente a Bepone, uno de los hombres de confianza de James J. Strada, y que solía ir siempre armado con una «Browning».

—Algo le habrás sacado, ¿no?

—Sí —dijo con ambigüedad Cholo, que tenía un fuerte acento latinoamericano—. Los «místeres» querían más, pero el viejo chillaba más que una bruja en la hoguera. Parecía que iba a aguantar, pero luego...

—Es que tu juego de la pila de teléfono y los alambres con que los pinchas son terroríficos.

—Eso no es nada, hay otros métodos mucho más estimulantes para los que pueden resistirlos. Ya ves, al viejo se le ha saltado un tímpano como si nada y, si llego a probar en los dos, ya ni nos oye.

—¿Crees que se recuperará?

—Qué va, ése ya andaba listo cuando se lo han llevado de aquí en camilla; la ambulancia esperaba en el *parking*. Por el camino se encargarán de inyectarle un combinado de virus para que en el hospital puedan diagnosticar su muerte, sin problemas.

—¿Y si notan alguna huella de lo que tú le has hecho?

—Bah —dijo con desprecio—, no notarán nada.

—Pero, el tímpano...

—Tendrán que mirárselo, y no le van a hacer la autopsia; todo está preparado. Antes de que nadie pueda decir «esta boca es mía», ese viejo estará muerto, diagnosticada su muerte oficialmente y sin problemas, incinerado y con las cenizas dentro de una urnita de regalo, camino de su país, obsequio de los Laboratorios Hormonales

FWC —se rió.

—A mí, tu trabajo no me gusta, Cholo —rezongó Bepone, llenando los dos vasos con una botella de *whisky*.

—¿Ah, no?

—Es sucio.

—¿Es que acaso, de vez en cuando, tú no le das al pijo de tu revólver para que ladre?

—Es verdad, algunas veces lo hago, pero es diferente, es un trabajo limpio. Bang, bang y listos.

—Mira, Bepone, a mí me pagan para que los tipos suelten la lengua, y eso no es fácil porque algunos se ponen muy tercos. Si fuera tan sencillo, ¿crees que buscarían a Cholo? No, claro que no.

—Se bebió su vaso de *whisky*, y chasqueó la lengua ruidosamente —. Por lo visto, los «místeres» querían un nombre, pero yo creo que ni el viejo lo sabía.

De pronto, ambos torcieron la cabeza. Se escucharon pasos, unos pasos fuertes, de zapatos caros, que no trataban de pasar desapercibidos. Bepone masculló:

—Es míster Strada.

El presidente de la compañía había abandonado unos minutos la cena de trabajo, en la que Robert Byron tenía que promocionar el producto cumbre de la empresa.

—Cholo, Bepone, hay que actuar.

Ambos se pusieron en pie, frente al hombre que llenaba sus bolsillos de dólares, ganados casi siempre en forma criminal.

—¿Cuándo? —preguntó Bepone.

—Esta misma noche, cuanto antes mejor.

Cholo preguntó:

—¿Qué hay que hacer?

—El viejo profesor lo ha dicho, una azafata alta y pelirroja. Sólo hay dos azafatas pelirrojas, y una es más alta que la otra. Ella debe tener una copia del informe del profesor Andreiev. Quiero esa copia y un interrogatorio a fondo para que diga todo lo que sepa, y si alguien más está en el asunto, con ella.

Cholo, achicando sus pupilas, preguntó:

—¿Cuál es el límite del interrogatorio?

—No hay límite. Te pagaré cinco mil; y contigo, Bepone, ya hablaré. No te irá mal, puedes estar seguro; ayuda en todo a Cholo.

—Un momento, míster Strada.

—¿Qué sucede, Cholo?

—Verá... —Se pasó la mano por el cuello—. Las chicas son un poco más difíciles, chillan mucho y la gente se preocupa más por su desaparición. En su piel se notan demasiado las huellas que puedan quedar de un interrogatorio. Sólo trato de explicar que...

—Que quieres más plata, ¿no es eso?

—Siete de los grandes.

Míster Strada pensó en el millón de dólares que le exigían por el chantaje, y puso una sonrisa fría en su boca.

—Te daré diez mil, si haces bien el trabajo.

—Usted sí que sabe apreciar los buenos servicios, míster Strada. ¿Cómo se llama esa chica, la pelirroja más alta?

—Faye.

—Arrégleselas para que vaya a su cuarto, del resto nos encargamos nosotros, y si es ella la que busca, el asunto quedará zanjado.

—Ah, una cosa.

—Usted dirá y nosotros le servimos, míster Strada —dijo Cholo, muy servil.

—Cuando ella haya hablado, no la soltéis bajo ningún motivo. ¿De acuerdo?

CAPÍTULO VII

Zif Z. Ziller se sintió cogido por el brazo. Se volvió y se encontró con un bello rostro femenino.

—Sue.

—Esto es como una guerra, hay que estar en todos los frentes y en todos los momentos; hay que poseer casi el don de la ubicuidad.

—Tendrás derecho al descanso, ¿no?

—Naturalmente; de lo contrario, no llegaría al final del congreso.

—¿Y si diéramos una vuelta?

—¿Una vuelta?

—Sí, en coche.

—Tú lo has dicho antes, estoy cansado.

—Conduciré yo; vine desde Nueva York aquí, en coche.

—Vaya tirada.

—Estuve varios días, por supuesto, pero en la última jornada hice diez horas de volante. ¿Confías ahora en mí?

Zif sonrió.

—¿Prefieres salir fuera que quedarte aquí?

—Sí, me asfixio, siempre estamos metidos en el hotel, viendo las mismas caras. Verás como tomar el aire, fuera de aquí, nos sienta bien. Después de todo, la mayoría se han retirado ya a sus habitaciones y, dentro de poco, estarán dormiditos como buenos niños; ellos también están fatigados. Mañana por la mañana tienen excursión al lago Okeechobee.

—Ya he hablado esta tarde con la agencia de viajes, y los autocares estarán listos para después del desayuno, y las embarcaciones esperando en el lago. Quienes lo deseen tendrán cañas para pescar en el lago de agua dulce más grande de los Estados Unidos, dentro de los límites de un solo estado.

—Si algún día dejas las relaciones públicas, métete a promotor

turístico, lo harás de maravilla. Ahora, voy a quitarme este vestido para ponerme algo más ligero. ¿Me acompañas?

—Bueno. No obstante, antes de salir, tengo que pasar por conserjería, por si me habían grabado algún mensaje. Cuando no me encuentran, los graban.

Acompañó a Sue hasta su dormitorio. Era un cuarto pequeño, con dos camas. Aquéllas no eran precisamente las mejores habitaciones del gran hotel.

—Pequeña, ¿verdad?

—Pues sí.

—Aquí dormimos Faye y yo. —Miró la cama vacía—. Debe estar «ligando» con alguno.

Abrió un cajón con naturalidad, y Zif descubrió, de pronto, una peluca pelirroja, de abundantísima cabellera. Parpadeó, perplejo.

—Creí que Faye era pelirroja natural.

—Y lo es.

—Entonces, ¿esta peluca...? —inquirió, cogiéndola entre sus dedos.

—Es mía. —La tomó y se la encasquetó, ocultando su cabello rubio oscuro—. ¿Qué te parece?

—Que has cambiado mucho. No pareces, la misma, con esa llameante peluca.

—La compré barata, diez dólares.

—Parece de mucha más calidad.

—Y lo es, sólo que su anterior propietaria ya estaba cansada de ella, y me la vendió.

Sue se quitó el vestido, dentro del aseo, y se colocó otro, más ligero.

—Lista.

—¿Con la peluca pelirroja?

—Sí, ¿por qué no? Como te ha sorprendido tanto...

Salieron hacía conserjería.

—¿Hay algo para mí? —preguntó Zif.

—No, no hay nada, míster Ziller —respondió el conserje, que se quedó sorprendido mirando a Sue.

Y más sorprendido aún quedó el botones que la había acompañado el primer día. El chico estaba como hipnotizado, y sus ansiosos ojos no se apartaban de los pechos de Sue.

—Llamas la atención, con la peluca.

—Y sin peluca, ¿qué crees?

—Que también. Aquél, gris, es mi coche.

Subieron al automóvil. Zif abrió la portezuela y Sue tendió la mano para que le diera las llaves. Zif sonrió y se las entregó; luego, se estiró en el asiento contiguo al del conductor.

Sue sacó el soche del *parking*, con habilidad y rapidez, sin maniobras falsas. Luego, abandonó el complejo del hotel y se lanzó al asfalto.

—Esta máquina tiene fuerza.

—Mis dólares me está costando —objetó Zif.

—Es agradable conducir un coche que da sensación de seguridad.

Zif pensó que también sería muy agradable agarrarse a las caderas de Sue y conducirla sin prisas por la autopista del placer, un deseo que tenía la intuición que pronto se iba a realizar.

Faye introdujo el llavín en la puerta de la habitación que le habían destinado en el The Queen Florida Hotel, y la giró para franquearse la entrada.

Alargó la mano, y encendió la luz, sin temer nada. Cerraba la puerta cuando se vio sorprendida. La estancia no estaba vacía, y no era precisamente Sue Barret quien la ocupaba.

Un hombre, al que había visto en más de una ocasión, estaba tendido en su cama, vestido, boca arriba y apoyando la nuca entre sus manos cruzadas. Sonreía, cínico. Otro individuo le salió por el lado; no llevaba armas, pero su cara no le gustó.

—Tranquila, guapa.

—¿Qué significa esto? —preguntó Faye.

—¿Dónde tienes el documento? —preguntó Bepone, que era quien estaba tendido en la cama.

—¿Qué documento?

—Vamos, vamos, no te hagas la tonta. —Se levantó, acercándosele.

Faye tuvo un movimiento instintivo para tratar de marcharse, pero Cholo le cortó el paso, mientras desnudaba una pequeña navaja que se veía muy afilada.

—Si te portas bien, no te dejaremos ninguna cicatriz.

—Oigan, yo no sé qué es lo que buscan...

—El documento —insistió Bepone.

—Es que no tengo ningún documento.

—Ya te decía yo que se haría la tonta —gruñó Bepone.

—Pues haz tu maleta y vámonos.

—¿La maleta?

—Esta chica es sorda, ¿eh, Cholo? —se rió Bepone, con malignidad.

—Pero ¿qué queréis de mí?

—Un viaje. Alguien importante desea entrevistarse contigo.

—¿Quién es?

—El más importante, el que paga aquí. ¿Es que, encima, tenemos que dar nombres? —le replicó Bepone.

—¿Míster Strada?

—Tú lo has dicho, pero nadie más. Anda, haz la maletita, hay prisa.

—Si desea hablar conmigo, no hace falta que prepare la maleta.

Faye estaba muy nerviosa; tenía ganas de empezar a chillar, pero trataba de contenerse.

—No nos obligues a ser duros contigo, pequeña, eres muy bonita —rezongó Cholo, mostrándole la afilada navaja.

—Pero, pero ¿sólo será hablar?

—Claro. ¿Qué más pensabas, tonta? —se rió Cholo.

Faye tragó saliva, dándose cuenta de que no podía hacer otra cosa que obedecer, aunque empezaba a temer que todo aquello terminaría pal.

Cholo y Bepone intercambiaron una mirada de inteligencia. No iba a hacer falta llevarse a la chica dentro de una saca de grueso plástico.

CAPÍTULO VIII

La fina arena conservaba algo del calor del día. El agua batía no lejos de donde estaban, con un suave rumor.

Los ojos de Sue brillaban a la luz del plenilunio, mientras Zif entrecruzaba su aliento con el de ella. Le rozó los labios, la besó después. Sue no eludió las caricias, sino que participó en ellas, aunque dejándole la iniciativa a Zif.

—No tengas prisa.

—Seré cuidadoso.

—Es que...

—Amor, tú no eres como, como...

—¿Babby?

—¿Por qué lo dices?

—Te vi.

—¿Cuándo?

—Ayer.

—¿Noche?

—Sí, cuando Babby te llevó a su habitación.

—¿Y qué más? —preguntó, pensando en lo que había sucedido después, con los traficantes en drogas.

—No quise hacer de mirona, no es lo mío.

—Babby es diferente.

—¿Por qué?

—No sé cómo decirlo, ella actúa como una ninfómana. Si no lo es, lo parece.

—¿Y a ti te gusta?

—Bueno, a los hombres nos es difícil rechazar un placer de esa clase.

—Sois esclavos del vicio, ¿eh?

—No es vicio, es otra cosa, pero tú eres diferente. Babby terminará mal.

—¿Por qué lo dices?

—No sé, intuyo que ha sido ella la que ha distribuido la droga entre las chicas.

—Yo no he querido droga.

—Bien hecho, no te dejes perder.

—Babby ha insistido, diciendo que era regalo.

—Los regalos cuestan, luego, muy caros.

—Eso he pensado yo.

—Han intentado coaccionarme para que yo me convierta en distribuidor de drogas en los congresos y convenciones.

—¿Has aceptado?

—No, y, por poco me dan una lección, pero no les ha salido muy bien. No sé por qué, pero tengo la impresión de que Babby sabía algo de la visita de los matones.

—¿Se lo has dicho?

—No.

—¿Por qué?

—De momento, prefiero no enfrentarme a ella.

Sue le cogió de las orejas, sonrió y sus dientes brillaron a la luz de la redonda luna.

—¿Vas a responder a lo que te pregunte?

—Si no es muy indiscreto...

—¿La gozaste normal o super?

—¿A Babby?

—¿Es que había más?

—Tonta...

—No me has respondido aún.

—Sólo puedo decirte que, como sacerdotisa del amor, tiene mucha experiencia, demasiada.

Cuando escucharon los ruidos, era demasiado tarde. Alzaron la mirada y se vieron rodeados por cinco hombres, en la solitaria playa. Uno de ellos alzó su índice a modo de pistola y rezongó:

—Tranquilos, si no queréis tener problemas.

—¿Qué buscáis? —Gruñó Zif, mirando a los cinco hombres para terminar encarándose con el que parecía el jefe, y que llevaba un sombrero azul oscuro, que en la noche semejava negro.

—La chica que se quede dónde está, y tú sígueme.

—Si la atacáis, tendréis que matarme porque, por poco que

pueda, os destrozaré.

—No te hagas el héroe y sígueme. Si te portas bien, nada te sucederá y a ella tampoco, por supuesto.

Zif se puso en pie, mirando con desconfianza a los otros cuatro sujetos, que permanecían callados. Por su parte, Sue cogió miedo y asió la pierna de Zif con su mano.

—No me dejes.

—No temas. Estos tipos dicen que no te harán nada y, no sé por qué, les creo. Si quisieran hacer algo desagradable, podrían haber comenzado ya; nos han atrapado como a pajaritos.

—Muchacho, eres listo. Ven conmigo.

Dos se quedaron vigilando a Sue, sin decir nada. Otros dos siguieron a Zif para vigilarle de cerca, y el que parecía el jefe, se adelantó hasta colocarse junto a una pinchuda yuca.

—Aquí estamos bien, vamos a estar muy poco tiempo.

—¿Quiénes son ustedes?

—FBI.

—No me diga, yo me presento el año próximo a presiente, por los demócratas.

—Nada de burlas. —Le mostró una placa, que pudo verse con claridad—. Inspector Clemans, los otros cuatro son agentes federales.

—Vaya, ¿y por qué tanto misterio?

—Hay que tomar precauciones, tenemos tu ficha y te mantenemos vigilado.

—¿A ella también?

—Sí, también, aunque menos que a ti. Tú nos pareces un tortolito, que ha caído en el pozo lleno de serpientes de cascabel, ya sabes, ra-ra-ra-ra y luego, te mueres.

—Oiga, inspector Clemans, ¿de veras están investigando algo interesante?

—Tanto, que no queríamos que nadie supiese de nuestro contacto contigo, preferimos que ella sospeche que somos traficantes de drogas o algo por el estilo. No le digas que somos federales.

—Pero ¿qué diablos pasa? —Se impacientó Zif.

—Hay muchos científicos y médicos internacionales en el congreso.

—Sí, claro, es internacional.

—¿Qué sabes del científico Lajos Andreiev?

—Pues que ha caído enfermo. Creo que fue a visitar a unos parientes en Miami, y debió de tomar algo que no le sentó bien; eso puede pasar en los viajes a larga distancia.

—Ha muerto.

—Vaya, no deseaba que ocurriera —se lamentó.

—Asesinado —recalcó el policía.

—¿Cómo dice?

—Ase-si-na-do, —silabeó—. ¿No te funciona bien el oído? Porque al doctor Andreiev se lo reventaron.

—Oiga, inspector Clemans, ¿está seguro de lo que dice?

—Sí, estoy seguro, pero de momento no se ha hecho pública noticia. Esto puede traer mucha cola internacional, y ya sabes que últimamente los medios de seguridad, a nivel federal, están algo desprestigiados. Hay que actuar con suma prudencia. ¿Qué sabes del doctor Andreiev?

—Poco o nada. En realidad, soy nuevo en el cargo de relaciones públicas.

—Lo sabemos, y por ello hemos decidido confiar en ti. Tu antecesor era otra cosa.

—Sí, Harold tenía mucha experiencia.

—Quizá por eso lo mataron.

—¿Mataron? Tengo entendido que fue un accidente; se ahogó.

—Hay mucha mierda en todo esto, hijo, y nosotros hemos de averiguar si sólo están metidos unos criminales mafiosos o hay algo más, dentro de todo este juego. Queremos saber quién tenía interés en que el doctor Andreiev muriera y por qué.

—Bueno, yo no soy policía; eso es asunto de ustedes.

—Si nos metemos nosotros en el congreso, será como; dejar caer un zorro en un gallinero. Van a saltar las plumas, en todas direcciones, y el cacareo se va a oír hasta en Marte, y nuestros amigos, los rusos y los chinos, están más cerca. No hay que darles motivos para que nos señalen con los dedos.

—Bien, bien. ¿Qué puedo hacer yo?

—Colaborar.

—¿Cómo?

—Haciendo preguntas a un lado y a otro, con aparente

ingenuidad. Creemos que en el lío andan metidos míster Byron y también míster Strada.

—No es posible.

—De momento, andamos con averiguaciones. Por cierto, ¿sabes dónde está Jo?

—No, la chica desapareció de súbito.

—Jo tenía heroína en la sangre.

—¿Tenía?

—No temas, no ha muerto. Un pescador nocturno vio que dos hombres la arrojaban al mar; logró rescatarla antes de que tragara demasiada agua, y ahora está en una clínica. Sólo nosotros, y ahora tú, sabemos que está viva. ¿Comprendes lo que te digo?

—Que no debo decírselo a nadie.

—Exacto, a nadie, ni a esa chica que está en la arena, esperando a que vayas a salvarla.

—Pobre Jo, me dijeron que había huido.

—¿Te lo dijo Babby?

—Sí.

—Cuidadito con Babby. Cuando termine el congreso, discretamente, intentaremos echarle el guante, por tráfico ilegal de narcóticos.

—Es cosa de ustedes, yo me he negado a colaborar en ese tráfico.

—Lo sabemos.

—Entonces, ¿por qué preguntan tanto?

—Para saber más. —Sonrió—. Tranquilízate, creo que podráis ayudarnos. Por cierto, a Jo la golpearon duro. La verdad es que querían asesinarla, pero no lo consiguieron.

—Menos mal.

—De no haber tenido sus huellas en el departamento, por anteriores experiencias de la chica con drogas, no la habríamos identificado con facilidad.

—Sí, ya sé que había sufrido una cura de desintoxicación, pero ha recaído y...

—Creo que alguien le ha metido la droga en el cuerpo. De momento, la chica está en coma, y llena de morados. Debió recibir una fuerte paliza, algún sádico.

Zif expulsó el aire de su cuerpo, con un fuerte resoplido.

—Qué porquería es todo esto. Me alegré cuando me dijeron que podía ser relaciones públicas en un congreso científico importante y de carácter internacional, pero ahora...

—No todos serán iguales, no desesperes. Corrupción la hay en todas partes, sólo hay que apartarse de ella cuando se huele. Ahora vas a regresar con la chica. Averigua lo que puedas, con sigilo; ya sabes que te mueves entre asesinos que tratan de pasar por muy honestos. Mis hombres estarán cerca de ti. Cuando quieras hablar con ellos, ve y marca este número. —Le entregó una hoja con un número anotado—. Una voz te responderá que es el fontanero y que dejes tu mensaje. Dile lo que se te ocurra, y no te preocupes de más. ¿Comprendido?

—Sí, comprendido.

—Hay que moverse con mucho cuidado, hay por medio demasiados personajes internacionales, y no podemos tener un tropiezo. Pase lo que pase, hay que guardar las apariencias. Por poco que podamos, no haremos ninguna detención hasta que finalice el congreso.

—¿Y si los sucesos se precipitan?

—Entonces, se hará lo que se deba; lo importante es que los asesinos del profesor Andreiev no se sientan vigilados, que se muevan con absoluta normalidad. De momento, creen que la víctima no ha llamado la atención del fiscal, ni de nadie en particular. Estamos dando sedal para que los tiburones coman a gusto, y luego no se puedan quitar el anzuelo de sus hígados.

—Comprendo.

—Nos interesa mucho averiguar el motivo por el cual el profesor Andreiev ha sido asesinado, ese punto es vital para evitar tropiezos de orden diplomático y político. El gobierno del país del cual procede Lajos Andreiev puede pedirnos muchas explicaciones.

—Cuenta con mi colaboración, inspector Clemans. Si cuando termine el congreso, he de buscarme otro empleo, no me importa.

El federal tendió su mano al joven, y éste se la estrechó. Después regresaron junto a Sue, que seguía sentada en la arena.

—Vámonos —ordenó el inspector Clemans.

Sue les vio alejarse como sombras; así había llegado y así desaparecían. Sólo había un automóvil cerca, con los faros apagados; era el coche de Zif, que dijo:

—Vámonos nosotros también; ya está roto el encanto de la noche, del plenilunio y de la playa.

—¿Quiénes son?

—Unos tipos que han querido meterme en un nuevo lío.

—Pero...

—No preguntes más, y no le digas a nadie que los has visto, si no quieres liarne todavía más. Soy joven y quiero vivir los años que se supone me restan de vida.

Subieron al automóvil y esta vez fue Zif quien tomó el volante y pisó el acelerador, haciendo chirriar los neumáticos. Sue, a su lado, se lamentó de que les hubieran interrumpido cuando ella comenzaba a desperezar sus alas para lanzarse al vuelo del amor.

CAPÍTULO IX

James J. Strada tenía su regia mansión residencial en Houston, por lo que ocupaba la mejor *suite* presidencial del The Queen of Florida Hotel, al hallarse en Palm Beach.

Era, también, una forma de hallarse lejos de su familia y sentirse más libre. Cerca de Babby sabía que tendría la diversión femenina que deseara.

Nada más levantarse, se puso un batín y pasó al saloncito para desayunar. Una doncella del hotel llegó con un carrito en el que llevaba el desayuno, muy abundante, y también traía una bandeja con el correo. Míster Strada bostezó y la miró.

Toda la correspondencia pasaba por el filtro de su secretario, en Houston, y allá en Florida recibía muy pocas cartas, apenas diez. Las estuvo observando, tres eran de su familia.

De pronto, se fijó especialmente en un sobre que ni siquiera llevaba sello; debía haber sido entregado, a mano, en el Motel. Observó el remite; «Lajos Andreiev». Se puso pálido.

Rasgó el sobre, y sacó de su interior una carta escrita con la misma letra tipográfica e impersonal de la nota que recibiera la noche anterior:

«Supongo que ya tiene el millón. A conserjería ha llegado una maleta negra a nombre de Harold Sullivan. Meta el millón dentro y, sin darle mayor importancia, déjela junto a la puerta de cristal, no lejos del portero. No le exija que la vigile demasiado. Si crea problemas, la maleta será suya, pero todos sabrán lo que Andreiev averiguó».

—¡Por todos los diablos! —rugió Strada golpeando con sus dos puños sobre la mesa, haciendo saltar lo que se hallaba sobre ella.

Sin desayunar, se levantó y se dirigió a uno de los cinco teléfonos que poseía la *suite*.

—Soy míster Strada —bramó—. Díganle a míster Byron que pase a verme, de inmediato. Por cierto, ¿hay ahí una maleta negra a nombre de Harold Sullivan?

—Hubo de esperar un poco, y se puso rojo.

—¿Cuándo ha llegado...?

Tras oír la respuesta, colgó y comenzó a pasear de un lado a otro del saloncito, que poseía una terraza que miraba a la playa.

Pasaron varios minutos antes de que llamaran a la puerta. Strada fue a abrirla, y se encontró con el director de investigaciones, que le miró, ceñudo, pues adivinaba que había tormenta.

—¿Sucedé algo?

—¡Mira!

Robert Byron leyó la misiva del o de la chantajista.

—¿Cuándo ha llegado?

—Esta mañana, y también está ya la maleta abajo.

—Entonces, Faye...

—Sí, no es Faye.

—¿Qué hacemos ahora?

—Irás a ver cómo está esa desgraciada.

—Esto traerá más problemas —se lamentó Byron.

—¡Quiero soluciones a los problemas, no quejas! —Rugía Strada.

—Sí, iré a ver.

—¡Un momento!

—Usted dirá.

—¡Hay que llenar esa maleta!

—No es fácil reunir un millón de dólares.

—¡Quiero su equivalente en recorte de periódico!

—¿Y si lo descubren?

—Es un riesgo que hemos de correr, pero...

—¿Pero qué?

—Cholo maneja bien el plástico, ¿no?

—Sí, creo que sí.

—Ese chantajista se cree muy listo, pero no lo será tanto cuando quede hecho pedacitos. Quiero que Cholo prepare la un paquete lleno de recortes, dentro de una bolsa. Que te vea bien, porque el chantajista estará observando desde alguna parte.

—Y luego, ¿lo metemos todo en la maleta?

—Iréis a un lugar seguro, no quiero accidentes. Cholo la llenará con los papeles y con la bomba de plástico. Que cuando abran la maleta vuele, no sólo el chantajista, sino los coches que haya en cien pasos a la redonda. La policía no ha de encontrar ni salpicaduras de sangre.

—Eso es muy arriesgado. ¿Y si la abre en el hotel?

—No lo creo. La maleta supuestamente llena de dólares quedará junto a la puerta, y haremos que el portero se ausente en varias ocasiones, llamándole desde dentro del hotel para dar oportunidad al chantajista para alejarse, cogerá la maleta y se la llevará, cuanto más lejos mejor. Es posible que la meta en su coche y comience a hacer millas; no la abrirá hasta que se encuentre en un motel.

—Pues pobre motel.

—No te preocupes. Si Cholo lo carga bien, nadie sabrá qué ha pasado; no relacionarán la explosión con nosotros.

—¿Y qué hacemos con Faye?

—Después de pasar por las manos de Cholo, imagino que no estará muy bien. ¿Crees que con unos billetes será suficiente para que se largue, con la boca cerrada?

—Depende de lo bruto que haya sido Cholo.

—Ve a ver, y luego me llamas. Ten cuidado al hablar, podría escuchar algo la telefonista.

Viendo que iba a tener mucho trabajo aquella mañana, que se presentaba agitada, Byron salió de la *suite* presidencial. Tomó uno de los ascensores y subió a lo más alto del edificio.

Recorrió un pasillo, encontró al vigilante uniformado, que le saludó, y subió por la escalerilla metálica que conducía a la sala de máquinas para ascensores.

Bepone dormitaba, tendido en una hamaca. Robert Byron le dio un puntapié en la espinilla, que hizo brincar a Bepone.

—¿Quéé...?

Se calló y forzó una sonrisa, pese a que sé llevaba la mano al lugar afectado.

—¿Cómo está Faye?

—No lo sé, está dentro, con Cholo.

Señaló el cuarto insonorizado que utilizaron para recluir al profesor Andreiev, un hombre que ya había pasado a la eternidad.

Cogió el pomo y abrió la puerta. Dentro de la celda, Cholo estaba sentado en una silla. Olía a sudor y a sangre, pero lo que más sofocaba era el intenso humo de tabaco.

Cholo tenía puestos sólo los pantalones, Sudaba copiosamente. Sobre el catre, Faye estaba con los ojos abiertos.

Byron la miró y preguntó:

—No la habrás matado...

—No, pero es muy blanda, se ha pasado mucho tiempo chillando como una rata y, de pronto, se ha callado y se ha quedado con los ojos abiertos, pero respira bien. ¿No lo ve?

—Serás bestia... ¿Qué le has hecho?

—Un poco de tratamiento, y creo que no sabe nada de nada, porque si hubiera sabido, ya lo habría dicho. Ha llorado, ha suplicado y ha chillado lo suyo.

Byron cogió la caja de Faye, y ésta no respondió, tenía la mirada perdida.

—Está como idiotizada, tiene un *shock* psíquico.

—Pues la llevaremos al manicomio —se rió Cholo.

Byron bufó y se dio cuenta de que comenzaba a sudar. Todo se complicaba, unos problemas traían otros...

—De momento, la dejaremos aquí hasta que se recupere. No parece que le hayas arrancado la piel a tiras.

—Mis métodos no dejan huellas, ya lo sabe, pero hacen daño, mucho daño. Si no se lo cree, que se lo diga ella cuando recupere la razón, si es que la recupera.

—Está bien. ¿Sabes dónde conseguir goma-2?

Cholo silbó.

—¿Como cuánta?

—Un par de kilos será suficiente.

—Un par de kilos puede hacer mucho daño —advirtió.

—Se trata de que no quede ni rastro del que esté junto al «pastel», cuando estalle.

—Si es así, seguro que no quedan ni migajas. Dos kilos, ¡uah...! Si la pone en un autobús tiene picadura para salchichas asegurada.

—Prepara un mecanismo para colocarlo en una maleta.

—¿De tiempo?

—No, se trata de que estalle cuando la maleta se abra.

—Eso es peligrosos de montar.

—¿Te pagaremos bien?

—¿Cuánto?

—Por lo de Faye, que no ha servido de nada, te has llevado diez de los grandes.

—Ahora quiero veinte, y serán treinta.

—Es mucho para que no tengas miedo ni de dejar tus huellas.

—Es un buen precio —rezongó Cholo—. Y un trabajo más fino no se lo va a hacer nadie.

—¿En cuánto tiempo?

—Para mañana.

—Para dentro de una hora —le apremió Byron.

—Es muy poco tiempo. Buscar el explosivo y el mecanismo tiene sus riesgos y su trabajo.

—Diez y veinte son treinta, más lo que cueste el artefacto.

—De acuerdo. ¿Dónde está la maleta?

—Te la traeremos aquí, tendrás veinte minutos para montarla.

—¿Y de qué más irá llena?

—De recortes de papel.

—¿Sólo eso?

—Sí, es para que se conviertan en *confetti*.

CAPÍTULO X

Después del desayuno, los congresistas subían animadamente a los autocares. Las azafatas, con sus listas, los iban distribuyendo adecuadamente.

El lago Okeechobee, con sus embarcaciones de recreo, les prometía un día de divertimiento. Habían organizado, incluso, un concurso de pesca, y muchos ya se habían apuntado para participar, alegando que eran magníficos pescadores, en sus respectivos países.

Todo parecía normal, muy normal, nada fallaba y, sin embargo, Zif Z. Ziller miraba a un lado y a otro, tratando de descubrir a los agentes federales que intentaban esclarecer el asesinato del eminente científico bioquímico Lajos Andreiev.

Con ayuda de Sue, Zif llevaba la coordinación general, pero ambos se quedarían en el hotel. Babby sería quien viajaría al lago Okeechobee, como jefe de azafatas.

—¿No falta nadie? —preguntó Babby, encarándose con las otras azafatas que se hallaban en los autocares, dos por unidad.

Zif se acercó a Babby. Con el entrecejo fruncido, preguntó:

—¿Dónde está Faye?

—¿Faye?

—Sí, Faye.

—No lo sé, no la he visto; estará acostada con algún tío. En cuanto aparezca, será mejor despedirla, por no estar en su puesto.

Zif quedó preocupado, la ausencia de Faye no le gustaba. Mientras, cerca de él, se paseaba Sue con la llamativa peluca pelirroja.

—¿Te gusto así?

—La verdad es que esa peluca te favorece, pareces una antorcha encendida, pero me gusta más el color de tu cabello natural.

Babby subió al último de los autocares, y la caravana de vehículos se puso en marcha. Los científicos estaban muy animados,

charlando entre ellos. Algunos de los comentarios se referían a la belleza de las azafatas que les habían tocado en suerte.

—No me gusta —dijo Zif.

—¿El qué?

—La ausencia de Faye.

—Es verdad, no ha dormido en su cama; ya sabes que es mi compañera de cuarto.

—Jo desapareció primero, ahora Faye. ¿Podríamos ir a ver si ha vuelto?

—Sí, ¿por qué no?

Cruzaron la gran área de *parking* y entraron en el hotel, por la puerta principal. El portero les saludó al verles, y las puertas de cristal se abrieron automáticamente, a su paso.

Al acercarse al mostrador de conserjería, Zif observó una maleta negra, que parecía descuidada. Al ver que Zif la miraba, también lo hizo Sue y preguntó:

—¿Sucedo algo?

—¿Es ésa la maleta de Faye?

—No, no creo, era de cuero rojo. A Faye le gusta el rojo, utiliza hasta braguitas rojas, que hagan juego con su cabello.

Lo que Sue ignoraba, en aquellos momentos, era que un par de ojos se habían fijado en su exuberante peluca pelirroja.

Jim, el botones, apareció de pronto en el *hall*. Vaciló un momento, mirando a un lado y a otro, y fue directo hacia la maleta negra. La cogió por el asa y la levantó, sorprendido de su liviano peso, pues esperaba que pesara más.

Contento, en cierto modo, por no tener que arrastrar un gran peso, se la llevó, desapareciendo con ella. Zif le siguió con la mirada, y observó que el chico iba hacia los ascensores.

—Vamos a tu habitación —dijo a Sue, que asintió con la cabeza, agitando la llamativa peluca, que era como un reclamo *sexy*.

Resultaba muy difícil averiguar que no era el cabello natural de la bella modelo de Nueva York que en Florida había buscado trabajo como azafata de congresos y convenciones.

Entraron en el dormitorio. Al primer golpe de vista, Sue dijo:

—No ha venido; quizá sí está con algún hombre, al precio que pagan. —Espera.

Sue le vio acercarse a la mesita de noche que había junto a la

cama, que estaba sin deshacer y preguntó:

—¿Qué haces?

—Sólo mirar.

—Eso no está bien.

—No lo hago por curiosidad maliciosa.

—¿Por qué, entonces?

Abrió los cajones, y se los mostró a Sue.

—Vacíos.

La joven quedó desconcertada. Abrió luego el armario, y miró en su interior.

—Es verdad, no me había dado cuenta. Ha recogido sus cosas y se ha marchado. Ayer noche llegué con tanto sueño, que ni me di cuenta.

—¿Se ha marchado sin dejar ni una nota, sin dar una explicación?

—Sí, es un poco raro; aunque las mujeres, en ciertos casos, solemos hacer estas tonterías.

—¿Crees que se marcharía sin cobrar lo que ya había ganado?

—Eso ya es más dudoso, aunque es posible que alguien le ofreciera mucho, y pudiera permitirse el lujo de olvidarse de lo que aquí le debían.

—¿Y quién es ese supuesto «alguien»?

Sue se encogió de hombros.

—Lo ignoro. En este hotel, además de los congresistas, hay otros clientes, todos gente importante; de lo contrario, no podrían ni respirar el aire porque aquí todo se cobra y a qué precios. —Silbó, admirativa—. Los que se hospedan en este lujoso hotel rezuman dólares constantemente obtienen que abandonarlo. Cualquiera de los clientes puede haberle ofrecido algo que ella ha pensado que era interesante. Por los comentarios de otras compañeras, sé que mientras el pago sea sustancioso, lo aprovechan todo. Se hacen las ingenuas, y casi llegan a convencer a los tíos que buscan placer, de que ellos son los primeros, después del indeseable que las engañó o las violó, tras ofrecerles un caramelo drogado.

—Pues no entiendo cómo se las arreglan, haciendo varios trabajos en una sola noche.

—Hay medios —le dijo Sue maliciosamente.

—Ya, debe ser así. —Suspiró—. Bueno, te dejo, puedes ir a

desayunar.

—¿Vamos juntos?

—No, tengo que hacer unas listas en mi habitación, y he pedido que me sirvan el desayuno allí. Tú puedes hacer lo que prefieras, tienes un rato libre.

—Entonces, me daré un baño en la piscina, tengo ganas de nadar.

—Ya te veré en la piscina.

—Hasta luego.

Zif abandonó la habitación, dándole un beso cariñoso y fugaz en los labios.

Había nacido algo entre ellos, que nada tenía que ver con el sexo a secas, como podía haberlo sido con la experimentada Babby.

Zif no había dormido, pensando especialmente en la muerte del profesor Andreiev y en lo ocurrido a Jo. Ahora, había que añadir la desaparición de Faye, y se preguntó si debía comunicárselo a los hombres del FBI.

Había pedido que le sirvieran abundancia de café para combatir el sueño y la fatiga. Se negaba a tomar pastillas que le mantuvieran en pie, como había hecho en innumerables ocasiones su antecesor Harold Sullivan, que también había hallado una muerte misteriosa.

Pensó en los mafiosos traficantes de drogas, y se preguntó si tendrían algo que ver, mas se dijo que, aun siendo peligrosos, eran unos pobres diablos, comparados con el cerebro que estaba interpretando la sinfonía del crimen en aquel congreso.

El hotel era muy grande, constaba de varios pabellones de distintas alturas. En cualquiera de las habitaciones se podía cometer un crimen pero si en el asunto estaban involucrados tipos importantes de la empresa propietaria de los laboratorios y del propio hotel, debían tener algún lugar especial.

Lo más lógico era pensar en un sótano, pero estaban demasiado cerca del mar, quizá no hubiera sótanos adecuados.

Buscar en el macro complejo hotelero, con tantas habitaciones y dependencias, era casi una locura, pero, de pronto, a través de la ventana, se fijó en lo más alto del edificio principal.

«Sería un buen lugar», se dijo.

Abandonó su habitación, y decidió dar un vistazo por sí mismo.

Cruzó varios jardines y pasó junto a las piscinas. Vio a Sue

nadando, desde lejos, pero no se entretuvo. Fue a los ascensores, se introdujo en uno de ellos y ascendió a lo más alto del hotel.

Nada más salir, pudo leer: «Sobreáticos, área de servicios para el personal».

Salió de la cabina del ascensor, y las puertas se cerraron automáticamente tras él. Luego, el ascensor se puso en marcha y comenzó a descender. Miró a un lado y a otro, no vio a nadie.

Se encaró con algunas puertas, y se encontró con pequeños almacenes de ropa de cama. En previsión de la humedad del subsuelo, tenían los suministros de materiales allá arriba.

Dobló el corredor, y se enfrentó con otro pasillo, al final del cual se veía una escalerilla metálica ascendente. Se encaminó hacia ella. Estaba a punto de llegar cuando se abrió una puerta que correspondía a un aseo para personal de servicio, y de él salió un vigilante uniformado y armado, que se encaró con él.

—¿Adónde va?

La forma de preguntar era autoritaria, expeditiva.

—Arriba, voy a dar un vistazo.

—Está prohibido.

—¿Por qué?

—¿No ve el letrero, «área de servicios»?

Zif sintió la necesidad imperiosa de subir por aquella escalera y curiosear. Después de todo, era lo que le habían pedido los hombres del FBI.

—Tendré cuidado.

El agente se interpuso entre él y la escalera.

—Márchese o tendré que retenerle para que se lo lleve la policía. Puede tratarse de una rata de hotel —dijo, despreciativo, el agente privado que había llevado su diestra hasta la culata del revólver, empuñándolo sin llegar a desenfundar.

Era toda una amenaza, que Zif debía tener en cuenta. Se llevó la mano al bolsillo y el agente, receloso, le advirtió:

—Cuidado con lo que hace.

—Sólo le enseño mi identificación.

Sacó su «carnet», y lo mostró al agente, que lo leyó y luego se lo devolvió.

—Muy bien, míster Ziller, es usted el jefe de relaciones públicas de los Laboratorios Hormonales FWC, pero esto es el Queen Of

Florida Hotel.

—Que tiene el mismo propietario.

—No tengo por qué saberlo. Si quiere pasar por aquí, lo hará acompañado del director del hotel. Yo tengo órdenes y las cumplo.

—¿Tan peligroso es subir a ver las salas de motores?

—Supongo que si lo es, cuando me han puesto aquí para que no pasé nadie —respondió, ambiguo, aquel cancerbero uniformado.

Zif se convenció de que el vigilante, con buenas razones, no le dejaría pasar.

—De acuerdo, buscaré al director del hotel.

El guardián lanzó un gruñido como respuesta, y Zif dio la vuelta para dirigirse al ascensor. Supuso que el guardián le observaría hasta asegurarse de que bajaba.

Por ello, llamó al ascensor, se metió dentro y pulsó un botón de descenso. Cuando había bajado tres plantas, lo detuvo y lo hizo subir una planta.

Abandonó el ascensor y subió a pie hasta llegar al sobreático. Buscó entre las ventanas hasta descubrir la que daba a la escalera de emergencia. No era una escalera fea, como la de los viejos edificios de New York; era una escalera de acero y mampostería, construida con cierta gracia.

Zif salió por la ventana y se enfrentó con el último tramo de escalera, que conducía a la azotea más elevada del hotel.

No tardó en verse sobre la azotea, desde la que se contemplaba un vasto panorama de Palm Beach, en un día de sol. La bella playa, los puentes, la avenida del Océano, los veleros con sus velámenes de colores, aunque predominaba el rojo.

Un lugar privilegiado para descansar, lástima que sólo era apto para bolsillos bien repletos de dólares pues, como había dicho Sue, allí sólo respirar costaba dinero.

No era el panorama lo que más interesaba a Zif, y comenzó a buscar hasta encontrar una aspillera con puerta de acero, encima de la cual había un tragaluz. Se enfrentó con la portezuela de acero, que no tendría más de treinta pulgadas.

La puerta no cedía, pero observó que por debajo de la claraboya de cristal había un espacio vacío para que entrara y saliera aire. Posiblemente, sería un pequeño foso de ventilación.

Pasó la mano primero y el brazo después por debajo del cristal

y, estirándose mucho, logró palpar la puerta de acero hasta encontrar un cerrojo que con muchas dificultades, consiguió abrir. Retiró la mano y empujó la portezuela.

Al meter la cabeza, comprobó que, efectivamente, era un foso que tenía escaleras de acero empotradas en la pared para poder subir y bajar por él para solucionar cualquier problema que surgiera en la distribución del aire acondicionado. De este foso, mediante unos túneles, podía accederse a los fosos de los ascensores.

Se introdujo por él, y descendió unos peldaños hasta encontrarse con una puerta de barrotes. Había mucha luz, y observó que estaba delante de una sala de máquinas. La puerta tenía cerradura y no cedía. Con sensación de impotencia, se cogió a las rejas.

Decidió probar a forcejear con un cortaplumas que llevaba. La cerradura era de tipo simple, más para evitar que alguien se precipitara por el foso que para impedir que un ladrón se introdujera por allí.

Se produjo un chasquido, y una de las máquinas se puso en marcha, sorprendiendo a Zif. Un chorro de aire le vino a la cara. Al tiempo que se ponía en funcionamiento el ascensor, lo hacía un gran ventilador, que aireaba aquel lugar para evitar recalentamientos.

Consiguió abrir la puerta, y pasar a la sala de motores. De ésta salió a un corredor. Se dio cuenta de que había rebasado al vigilante armado, al que pudo avistar a distancia.

Con sigilo, avanzó hasta descubrir una puerta cerrada, frente a la que había una hamaca vacía. La puerta era de plancha, y tenía un cerrojo exterior y una cerradura.

Abrió el cerrojo y se preocupó, más cerca de la hamaca descubrió una mesita, en la que había varias revistas y también una llave. La tomó y la introdujo en la cerradura, seguro de que funcionaría.

No se equivocó, y la puerta quedó abierta.

La estancia se hallaba a oscuras, pero pudo ver un catre, gracias a la luz del corredor, y también una mata de pelo rojizo.

—¡Faye!

CAPÍTULO XI

Bepone entró en la salita de VIP, tras llamar a su puerta con contraseña.

Robert Byron abrió. Dentro estaban míster Strada, con el rostro endurecido por la contrariedad, y Cholo, que manipulaba en una maleta negra, a la que estaba haciendo pequeños orificios que no se notarían a simple vista.

—¿Qué pasa? —preguntó Robert Byron.

—La chica está en la piscina, nadando.

—¿Qué chica? —preguntó míster Strada, acercándoseles, mientras Cholo seguía preparando el dispositivo de disparo en la maleta. Un gran paquete de goma-2

estaba sobre la mesa, a prudente distancia.

Robert Byron explicó:

—Bepone ha descubierto que una de las chicas, a veces, usa peluca en vez de su cabello natural.

—¿Peluca? Eso es normal. —De pronto, cambió de expresión y, como si hubiera acertado en la ruleta, preguntó—: ¿Pelirroja?

—Ajá —asintió Bepone, añadiendo—: Y es muy alta, la más alta de todas, aunque para ese profesor Andreiev cualquier azafata sería muy alta porque él era bajito y poca cosa. De tanto empollar fórmulas, se le olvidó crecer.

—De modo que buscábamos a una pelirroja y, además de dos naturales, tenemos otra falsa. ¿Y dices que está en el hotel?

—Así es, míster Strada —asintió Bepone—. Se lo he dicho de inmediato a míster Byron, y me ha ordenado que la vigilara.

—Ahora que pienso... ¿No están todas en el lago Okeechobee?

—Todas menos ésta, míster Strada.

A míster Strada se le iluminaron los ojos, y en su rostro apareció una sonrisa de satisfacción.

—¿Quiere que Bepone la lleve arriba? —inquirió Byron, refiriéndosela la celda insonorizada, que tenían junto a la sala de máquinas de los ascensores.

—No, no, a esa muñeca hay que darle facilidades para que se lleve la maleta; es lo quería pedido, ¿no? Nadie debe impedirse.

Miró significativamente el montón de recortes de periódicos y también los dos kilos de explosivos.

—Entonces, ¿qué hago? —quiso saber Bepone.

—Síguela, no la pierdas de vista —le ordenó Strada—. Pero que ella no te descubra a ti.

—Descuide, míster Strada. Este hotel está construido de forma que es muy fácil vigilar, gracias a la gran cantidad de ventanas que tiene.

Bepone se alejaba ya hacia la puerta mientras Cholo, en silencio, seguía sujetando su artilugio, que sería activado al abrirse la maleta, después de que él la hubiera dejado cerrada y hubiese estirado los cables de seguridad, a través de los orificios que hacía.

Primero probó que funcionara sin explosivo, y el mecanismo no falló. Cambió el detonante e introdujo la carga explosiva, conectándola.

—¿Es guapa la chica?

—Mucho, míster Strada. Para mí, es la mejor de todas las azafatas.

—Una lástima, me hubiera gustado jugar un poco con ella; seguro qué habría sido una yegua excelente.

Bepone abandonó la salita, mientras Robert Byron observaba, con honda inquietud, las manipulaciones de Cholo.

—No explotará, ¿verdad?

—Si explota, no la va a oír —se rió Cholo como lo haría un conejo televisivo de dibujos animados.

—Date prisa, pueden sospechar algo —gruñó James J. Strada, que había hecho intención de fumarse un cigarrillo, pero al ver el explosivo tan cerca, se contuvo.

—Ahora, todos los papeles rodeando el explosivo, va a ser una lluvia de confetti —dijo Cholo, llenando la maleta.

—Esperemos que no la abran en el hotel —gruñó Byron, tragando saliva. Jamás había estado tan cerca de un explosivo, a punto de ser activado.

Cholo cerró la maleta, dio vuelta a la llave, y la dejó colgando del asa. Después, dijo:

—Ahora.

—¿Ahora qué? —preguntó Robert Byron.

—Estiro de esta punta de cable que sale por aquí, y de esta otra... —Sacó los dos cables de seguridad—. Y ya está lista para la fiesta. Si alguien la abre, seguro que no se salva.

—Cuidado, no la muevas demasiado, idiota —masculló Strada, pálido.

—Sí, sí, ten cuidado —le pidió Robert Byron.

—¿Qué pasa? Parece que tiene miedo... —se rió Cholo. En aquellos momentos, se sentía por encima de quienes le pagaban.

—Hay que llevarla junto al portero, él ya tiene órdenes de no preocuparse demasiado. Tú, Byron, te encargas de hacer que, en varias ocasiones, abandone su puesto; hay que darle facilidades a ese chantajista para que se lleve lo que merece.

—Mientras no quiera asegurarse de si está el millón, dentro del propio *hall* del hotel —rezongó Cholo.

—¡Vete al diablo! —masculló Robert Byron, ya alterado. No había imaginado que tendría tanto miedo, al ver el explosivo cerca.

Zif Z. Ziller no parecía alterado lo más mínimo, controlaba perfectamente sus emociones. Se dirigió a conserjería y descolgó el teléfono. El conserje le dio una ojeada, pero no dijo nada.

Algunos huéspedes del hotel iban y venían, aunque no eran demasiados, ya dio una ojeada, pero no dijo nada.

Algunos huéspedes del hotel iban y venían, aunque no eran demasiados, ya que el grueso más importante de los huéspedes lo formaban los congresistas que se hallaban de excursión.

Mientras marcaba el número que se había aprendido de memoria, Zif se fijó en la maleta que se hallaba cerca de la puerta que daba al exterior. Aquella maleta ya la habían visto antes.

—J. V. Smith, fontanero a su servicio. Esto es una grabación, tiene medio minuto para dar sus señas y explicar el motivo de esta llamada...

Mientras escuchaba aquellas palabras impersonales en una voz de mujer, Zif vio que Jim, el botones, se dirigía hacia la maleta y la tomaba por el asa. Quiso levantarla de un simple tirón, y semejó

llevarse una sorpresa. Aquella maleta parecía conocerla, pero en la ocasión anterior pesaba bastante menos.

El botones cambió la medida de sus fuerzas, y se hizo con la maleta. En vez de irse hacia el exterior del establecimiento, dio media vuelta y se alejó hacia una de las dependencias de la planta, sin que nadie le dijera nada.

El portero se hallaba de espaldas, y la acción del botones de cargar con una maleta y llevársela era tan natural, que nadie parecía reparar en ella, mientras varios ojos espiaban a Sue, que se hallaba ahora tendida en una hamaca, tomando el sol al borde de la piscina.

—Tengo un pequeño problema. Soy Zif Z. Ziller y estoy en el The Queen of Florida Hotel —dijo, y colgó.

Mientras, Jim, el botones, se había encarado con una puerta que no tenía números ni letras, y que servía de aseo privado. Llamó con los nudillos, y apareció Babby, que sonrió al chico.

—Hola, pasa.

El botones, un adolescente que se encandilaba detrás de las mujeres hechas, especialmente si sus ojos eran abultados, no se lo hizo repetir dos veces, y penetró en el amplio aseo, con paredes de azulejos azul celeste.

—Esta maleta pesa más que antes, *miss* Babby.

—Será porque la han llenado, hijo, porque la han llenado.

—¿Quién, mister Byron? —preguntó, pues él mismo la había entregado, un rato antes, en la salita VIP.

—Ya te gustaría tocarlas, ¿eh?

—¿El qué? —preguntó Jim.

—Las tetas, hijo, las tetas, te las estás mirando con unas ganas...

Jim se puso rojo como la grana. Lo cierto era que las cúspides de los pechos de Babby quedaban muy cerca de sus ojos, y se sentía atraído hacia ellos como un Jumbo *jet* sin combustible hacia la superficie de la tierra.

—Yo, yo, yo no, no...

—Tonto, si es natural, pero tendrás que crecer un poquito más.

De entre sus dedos, Babby sacó un bombón de chocolate, y se lo metió al muchacho en la boca.

—Anda, cómetelo.

—Hum, hum —casi protestó Jim, atragantándose.

Babby empujó la golosina hacia el interior de la boca del chico, con sus propios labios, y se rió, maliciosa. Después, empujó a Jim hacia afuera.

—Cuando crezcas un poco más, serás un cabrito como todos los hombres; así reventéis.

La puerta fue empujada ligeramente. Babby se sorprendió, pero rezongó para sí:

—Ya verás cuando te haga efecto la droga del bombón...

—¡Babby!

—Zif...

—Pero ¿no estabas en la expedición al lago?

Babby se sintió como atontada; no quería que nadie más pudiese verla. Zif había irrumpido allí sorpresivamente. Babby cerró la puerta, y trató de disimular.

—Es que no me he dado cuenta de que me había olvidado una cosa. Me he apeado del autocar, y he tomado un taxi; luego volveré a reunirme con ellos.

—¿Has venido a buscar la maleta?

—Pues, pues... —Vaciló, dudaba sobre la explicación que debía darle al que era su jefe.

—Están ocurriendo cosas muy raras aquí en el hotel, ¿verdad, Babby?

—¿Cosas raras? No entiendo.

—Sí entiendes. La muerte de Harold, la paliza y desaparición de Jo, la desaparición de Faye y el asesinato del profesor Andreiev.

—¿Asesinato, has dicho?

—Sí, asesinato, y esta maleta que va y viene... ¿Qué le pasa a esa maleta, Babby?

—¿La maleta? Ah, sí, la maleta. Era de Harold, y la tengo que devolver a sus familiares. —No te preocupes— le dijo Zif, tratando de cogerla; —yo me encargaré de ese trabajo.

Babby se interpuso con su cuerpo para evitar que él la cogiera.

—No, no es necesario, ya lo haré yo.

—Mira, Babby, sé que andas metida en un lío gordo. Sé que lo de Jo no fue algo desconocido para ti, y que tuviste que ver en su asesinato.

—¿Asesinato, qué dices?

—Sí, tú llamaste a los dos tipos que se llevaron el cuerpo de Jo,

torturado a golpes y drogado, para arrojarla al agua junto a un acantilado.

—¡No, no, eso no es cierto!

—Pues a Jo la han encontrado en el agua.

—No sabía nada...

—Hace un rato han estado aquí unos policías, preguntando; tú ya te habías ido en el autocar.

—No me he enterado.

—Lógico. Hubo un hombre que vio cómo arrojaban a Jo al agua, lo cierto es que tú fuiste quién se encargó de hacer desaparecer a la chica, y te harán muchas preguntas. ¿Podrás responder a todas?

—Yo no tengo nada que ver con lo ocurrido a Jo; no sabía nada, te lo juro. Yo sólo quería que se la llevaran.

—¿Adónde, al infierno?

Babby sacudió su cabeza con enorme cabellera, muy asustada.

—Te juro que no. Esos dos tipos son unos sicarios de míster Strada, él fue quien la drogó y le dio la paliza. Tú no le conoces bien, es un sádico. Le gusta gozar golpeando y, si la chica está drogada, mucho mejor. Es un cerdo.

—De modo que hemos de cargarle a él el asesinato de Jo.

—Sí, sus sicarios han sido. Posiblemente, él dio esa orden para que Jo no le pudiera acusar, esta vez se había pasado de la raya.

—Y al profesor Andreiev, ¿por qué le mató?

—¿Al profesor Andreiev? No sé nada.

—¿Nada? Seguro que jurarías ahora mismo que no sabes nada, y estás mintiendo.

En los ojos casi siempre irónicos de Babby apareció un brillo asesino, pero se contuvo de atacar a Ziller; sería como darse contra un muro de hormigón.

—Está bien, me has descubierto. ¿Estás contento?

—Tendré que entregarte a la policía, Babby.

—¿Bajo qué denuncia?

—Para que expliques lo que hizo míster Strada con Jo. Después de todo, tú eres la testigo de cargo, y quizá tuviste que ver en ese asesinato... ¿No serías tú, por casualidad, la que le inyectó la droga que la puso a merced de ese sádico?

—¿Me crees tan maligna?

—Sí. Sé que tú has distribuido la droga entre las azafatas, y

estoy seguro de que tú sabías que los matones traficantes en drogas me iban a vapulear, en tu habitación. Ellos ya estaban de acuerdo contigo. Si me quitaban de en medio, aunque fuera escayolado durante unos meses, tú te quedarías como jefe de relaciones públicas, provisional, y demostrarías que eres capaz de llevar tu sola el departamento. ¿Ése fue el motivo por el que murió Harold?

Babby estalló en un brusco y violento sollozo, buscando el tórax de Zif para reclinarse contra él.

CAPÍTULO XII

—Harold era un cerdo, te lo juro, un cerdo. Hace años estuve casada —Babby sollozó, sin levantar el rostro del tórax de Zif— y él hizo lo imposible para que me divorciara, y lo consiguió. Mi marido se llevó la custodia de mi hijo, y no volví a verlo jamás.

—Y luego, Harold no quiso casarse contigo.

—Sí, me hizo esa jugada. Me manejó a su antojo, me utilizó para todo. Yo era su secretaria, su ayudante, su amante, todo, y él no estaba comprometido conmigo en absoluto. Pasó el tiempo, y se fue fijando en todas las demás; no había flor que no se comiera, el muy cerdo. La noche en que llegó la nueva, Sue, esa que a ti te hace gracia...

—¿Lo consiguió con ella?

—No, estuvo a punto, pero ella se le escapó. Yo estaba cerca, lo vi todo. La verdad es que ya tenía pensado mi plan, antes de que apareciera Sue. Harold era un obstáculo en mi vida, y le odiaba por muchas cosas. Borracho, lujurioso y codicioso, él se lo llevaba todo. Le di un golpe seco con una raqueta de tenis; fue suficiente para atontarlo mientras caía al agua. El cordamen de la raqueta no dejaría huellas, y él se ahogaría, con la sangre rebosante de alcohol.

—¿Te das cuenta de que fue un crimen?

—Sí, sí, y lo volvería a hacer.

—Lo que has hecho te va a costar caro, Babby, muy caro; cadena perpetua.

—No, no. Tengo dinero, mucho dinero para irme hoy mismo al Brasil. Es un millón de dólares, que podemos compartir entre los dos. Un millón para ti y para mí, Zif, y ya sabes que soy experta en relajarte. Conmigo estarás como un magnate.

—¿Un millón, dices?

—Sí, un millón, está en esta maleta, mira, mira. —Hizo ademán de abrirla, cogiendo el llavín que colgaba del asa.

Zif le arrancó la maleta de la mano.

—No irás a quitármelo, ¿verdad? ¡Me he jugado la vida por esto, Zif, tendrías que matarme para quitármelo, estoy dispuesta a todo!

—¿Quién te ha dado el millón, míster Strada?

—¿Para qué quieres saberlo?

—Si me lo cuentas todo, te dejo marchar con ese dinero.

El cielo semejó abrirse para Babby.

—¿Palabra?

—Sí. Te daré un margen de tiempo, antes de hablar con la policía.

—¿Qué margen?

—El de que cojas un avión y te largues. No sé por qué lo hago, pero creo que eres una mujer desesperada. En realidad, me interesa más míster Strada.

—Te lo diré. Mira —sacó de un bolsillo una hoja firmada, en la que constaban unas explicaciones y unos datos—. El sí que es el rey de los cerdos. Va a vender cáncer para las mujeres que no quieren volverse viejas.

—Dios —rugió Zif, entre dientes, al leer el terrible informe—. ¿Por eso mataron al profesor Andreiev?

—¿No ves su firma, no la ves? ¿Por qué te crees que míster Strada me ha pagado un millón? Le he hecho chantaje, y ha pagado porque lo que más teme es que se sepa que esa hormona que quiere lanzar al mercado, a bombo y platillo, es un billete seguro para el cáncer, a medio o largo plazo.

—¿Y ha sido capaz de asesinar al hombre que ha descubierto esto para que no se le venga abajo el negocio?

—Pero ¿qué te creías, Zif? Eres un ingenuo... Hay que hacer millones rápidamente, vender la fórmula para sintetizar la hormona, recoger los millones a paladas, y luego hacer desaparecer la empresa.

—¿Y tú ibas a callarte esto —agitó el papel—, dejándote tapar la boca con un millón?

—Un millón es mucho millón, Zif. Quédate tú con ese documento, que me entregó el propio Andreiev tratando de confiar en alguien. Haz lo que quieras, dáselo a la policía, a míster Strada o pide tú también un millón, como yo. Ahora, déjame marchar, me has dado tu palabra.

—Si te vas, los matones de míster Strada te seguirán.

—No. Lo mismo que he entrado por un hueco entre setos que hay al otro lado del campo de tenis, me iré por allí.

—Que Dios te perdone, Babby, porque cuando la justicia te atrape, no te va a perdonar.

—Has dado tu palabra de que me darías tiempo suficiente para marcharme —insistió.

—Sí. Por cierto, ¿llevabas la peluca roja, cuando te vio el profesor Andreiev?

—¿Por qué? —preguntó, extrañada.

—Porque a Faye, que es pelirroja, la han torturado, y a Sue la están vigilando; he podido comprobarlo con mis propios ojos. Sue me ha contado que la peluca te la compró a ti, por diez dólares.

Babby soltó una corta carcajada, y se alejó rápidamente.

Zif la vio desaparecer. Le diría a la policía lo que sabía, los federales estarían contentos; claro que también debería explicarles que, para conseguir el documento, había tenido que dejar escapar a Babby.

Pasados un par de minutos, abandonó el aseo privado y se dirigió al *hall*.

Allí, observó que pasaba algo anormal. Jim, el botones, desencajado, con los ojos desorbitados, babeando, se daba golpes contra el mostrador, mientras trataban de contenerlo.

—Maldita Babby, lo has drogado —gruñó para sí.

Efectivamente, Babby se había asegurado en su huida de que Jim no diría a nadie que le había entregado la maleta a ella, que conocía muy bien todos los corredores, entradas y salidas del complejo hotelero para poder escapar sin ser vista.

Strada y Byron aparecieron en el *hall*. Se acercaron a Zif, y el primero preguntó, sombrío:

—¿Qué sucede?

Zif se contuvo. Hubiera deseado golpear a aquel tipo que tenía delante, un ser sin escrúpulos, capaz de vender veneno mortal, con etiqueta de panacea, para aumentar sus millones.

—Parece que al botones le ha dado algo.

Byron comentó, despreciativo:

—Seguro que ha tomado drogas. Esta juventud está perdida; unos niños y ya drogándose.

—Es mejor que no se entere la policía, habrá que llevar al chico a una habitación.

Al oír aquellas palabras del propietario del hotel, el conserje se apresuró a ordenar a otros empleados que lo llevaran a una habitación.

—Por cierto, míster Strada, una pelirroja me ha dado un recado para ustedes.

Míster Strada se quedó boquiabierto, y Byron se mostró muy interesado por las palabras de Zif.

—¿Una pelirroja, dice?

—Sí, una pelirroja. Aguarden aquí, ahora vuelvo.

—¡Eh, un momento! —exigió míster Strada.

Zif no le hizo caso, y se alejó hacia los jardines del hotel. Vio a Sue, a la que acababan de acercársele dos hombres, eran Bepone y Cholo. Sue les decía algo, y ellos parecían invitarla a seguirles.

—¡Un momento, míster Ziller!

Se volvió, encontrándose con el inspector Clemans, que salía de una habitación que daba a los jardines.

—Inspector...

—Ha llamado al fontanero, ¿verdad?

—Sí. ¿Tienes esposas?

—Sólo una, y la he dejado en casa.

—No haga chistes. Me refiero a esposas de atrapar muñecas, y no de las que bailan en los *night-clubs*.

—¿Se refiere a esto? —Le mostró un juego de esposas de acero.

Zif las cogió.

—Tengo lo que usted quiere en el *hall*. Cuando cierre estas esposas, acérquese.

Se alejó del inspector y llamó:

—¡Sue!

La joven se volvió.

—Zif, dicen que míster Strada me reclama.

—De modo que vosotros sois los matones que arrojasteis a Jo al agua, y que habéis torturado a Faye, ¿eh?

Cholo y Bepone quedaron muy sorprendidos, ante aquella inesperada acusación.

—¿Qué dice éste? —Gruñó Bepone.

Cholo había deslizado ágilmente una navaja en su paño, y lanzó

una cuchillada. Como si Zif la hubiera estado esperando, la esquivó y disparó un puñetazo al mentón de Cholo, que lo lanzó al interior de la piscina.

Bepone echó a correr, mientras se llevaba la mano al costado para desenfundar su pistola. No llegó lejos; dos hombres se interpusieron en su camino, deteniéndole.

—FBI —le dijeron.

Bepone se puso blanco. Trató de reaccionar, pero otro juego de esposas cerró sus muñecas.

Cholo nadó dentro del agua, mientras. Sue preguntaba:

—¿Es cierto lo que dices?

—Sí, buscaban a una pelirroja, y creían que eras tú; pero es Babby.

De súbito, se produjo una violentísima explosión, no muy lejos del hotel, detrás de las pistas de tenis, en una calle adyacente.

La fortísima explosión reventó un montón de, cristales de ventanas, y produjo una gran alarma. Una densa humareda se alzó por encima de los pabellones bajos del complejo hotelero.

—¿Qué ha sido eso? —preguntaron míster Strada y míster Byron, apareciendo en el porche que daba al jardín de la gran piscina.

—Aguarda aquí, Sue.

Zif se dirigió hacia ellos, mientras otro agente federal vigilaba a Cholo, que se acercaba a una escalerilla para salir de la piscina.

—Hola, míster Strada. ¿Le ha colocado una bomba a Babby en la maleta en vez del millón?

—¿Qué dice?

Zif sacó las esposas y, antes de que pudiera evitarlo, encerró una de las muñecas de míster Strada en uno de los aretes. Robert Byron, al verlo, echó a correr, pero se le interpuso el inspector Clemans.

—¡Quieto! —ordenó.

Byron trató de golpear al inspector federal, pero no consiguió más que encajar él dos golpes de karate, que lo enviaron al suelo enlosado del porche. Luego, lo cogieron por las axilas, levantándolo.

Zif ya tiraba de míster Strada, y aprovechó el otro aro para unir a míster Strada con Byron.

—¡Esto es un atropello! —protestó Strada—. ¡Mi abogado, mi abogado!

—En vez de gritar tanto, dígame si sabe algo de este documento. Zif le mostró la hoja firmada por el profesor Andreiev.

—¿Qué documento? ¡Yo no sé nada!

—Es sobre su hormona. ¿Por eso hizo asesinar al profesor Andreiev?

—¡Déjeme ver! —pidió el inspector Clemans, tomando el papel.

—¡Es mentira, mentira! ¡La hormona no produce cáncer, no produce cáncer!

El inspector Clemans, muy flemático, preguntó:

—¿Y cómo sabe usted que este documento habla de que su hormona produce cáncer?

Míster Strada hundió sus hombros, vencido, y semejó envejecer diez años, en apenas unos segundos. Byron se lamentó.

—Ha sido él, él es el cerebro de todo.

Un agente llegó corriendo, mientras ululaban sirenas en torno al hotel, debido a la explosión. Todavía jadeando, el agente dijo:

—Era un coche descapotable; ha quedado hecho chatarra.

—¿Y dentro?

—Había un ser humano, sólo sabemos eso.

—Era Babby, inspector Clemans. Me confesó que había asesinado a Harold Sullivan, por motivos personales.

—Eso tendrá que contárselo a la policía local, nosotros somos del FBI y preferimos encargarnos de este tipo. Vámonos. —Dio un paso y se volvió—. Ah, esa chica, Jo, ha mejorado. Ha salido del atolladero, diciendo que fue la tal Babby quien le inyectó la droga, y que ya no se acuerda de nada más.

—Lo que le sucedió, pregúnteselo a míster Strada, inspector; él fue quien abusó de la chica y la torturó a golpes.

—Miente, miente, miente —denegó Strada, con los ojos bajos, mientras se lo llevaban a él, a Robert Byron, a Bepone y a Cholo.

—¿Qué es esto, Zif, una redada?

—No, Sue, es que se acabó el congreso. Ya no hay motivo para seguir adelante. ¿Qué te parece si nos tomamos un tiempo libre?

—¿Y no volverán a interrumpirnos?

—No. ¡Inspector, inspector!

—¿Qué sucede, Ziller?

—Tengo a una pelirroja en mi habitación. —Miró a Sue, que torció el gesto—. Está muy mal, llamen a una ambulancia.

—¿Faye?

—Sí, Faye. Vamos, Sue.

Cogidos de la mano, se alejaron de la piscina.

FIN

**¡En calidad de novedad
exclusiva!**

M. L. ESTEFANIA



El mundialmente famoso
autor brinda a sus
lectores la posibilidad
de saborear sus mejores
relatos en las Colecciones...

**CENTAURO Y
OESTE
LEGENDARIO**

**¡Cada título, un vendaval
de emoción! Y atención:
¡Son primeras ediciones!**

*Asegure
su
ejemplar*

**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



**PRECIO
EN ESPAÑA 30 PTAS.**

Impreso en España

NOTAS

[1] En inglés, «retrete libre». < <

[2] En inglés, «Mujeres Libres Compañía». < <